

# ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

---

---

AÑO II — TOMO IV

MONTEVIDEO, ABRIL 5 DE 1883

NÚMERO 20

---

---

## La psicología de la infancia

DE BERNARD PEREZ (1)

POR EL DOCTOR F. A. BERRA

Los estudios anatómicos y fisiológicos se han hecho en general teniendo en vista las necesidades de las ciencias propiamente médicas; y los estudios psicológicos han respondido al propósito de fundar las ciencias lógicas, ideológicas, morales y jurídicas. La generalidad de estos fines ha determinado la generalidad de aquellos estudios y de su objeto, por manera que se ha solido tomar el hombre adulto, la persona dotada del estado de desarrollo normal, como materia de las observaciones, experimentos ó inducciones científicas. Los tratados de anatomía y de fisiología traen á veces un capítulo destinado á narrar el desenvolvimiento del sér humano, pero, como que ocupa un lugar muy accesorio en el plan de la obra, sus datos son en sumo grado deficientes, y no sirven de base á ninguna doctrina. Los tratados de psicología suelen carecer aún de ese capítulo.

¿Es esto así porque no tendrían aplicacion los conocimientos del desarrollo físico y psíquico de la persona? Nó, seguramente. Si la patología de los niños interesa al arte de curar, la anatomía y la fisiología de las primeras edades no interesan ménos á la higieno y á la educacion. Los gobiernos europeos instituyen concursos públicos de higieno de la infancia y prometen valiosos premios pecuniarios á los que se distinguen en esos actos de competencia, porque la iniciativa individual no se ha dedicado á satisfacer

(1) 2.<sup>a</sup> edicion enteramente refundida.—1 tomo de 311 páginas en 12,—Paris, librería de Germer Bailliere y C.<sup>a</sup>, 1882.

las necesidades higiénicas de la salud infantil. La enseñanza primaria dispone de numerosos manuales de gimnástica, que sus autores han dado á luz con el propósito de dirigir la educación física de los niños; pero no hay acaso uno solo de esos manuales, cuyos preceptos se funden en el conocimiento del desarrollo gradual de la persona, de lo que surge la imposibilidad de educar el cuerpo con la regularidad necesaria. La educación de la mente y la instrucción, que comienzan en el acto del nacimiento, si nó en la vida fetal, y que se continúan mientras el individuo existe, presuponen el conocimiento de los estados porque pasa la energía cerebral de año en año, de mes en mes, de día en día, pues que la enseñanza, sea instructiva ó educativa, debe acomodarse justamente á esos estados sucesivos. La falta de este conocimiento ha impedido que la pedagogía realice los progresos que hubiera debido realizar, y que la enseñanza comun se mantenga á un nivel relativamente bajo.

Fácilmente se infiere de aquí cuán necesario es á la salud, á la instrucción y á la educación de las colectividades humanas el conocimiento de la marcha que siguen en su desarrollo las fuerzas corporales y mentales, desde que se forma el individuo, y sobre todo desde que nace hasta que llega al límite opuesto de la existencia.

Los pedagogistas han sido, naturalmente, los que primero han sentido tal necesidad y los que más se han apresurado á satisfacerla. Muchos son los tratados en que se contienen opiniones más ó menos numerosas del grado á que llegan las fuerzas mentales en cada año de la infancia; pero puede objetarse á la mayoría que esas opiniones representan, más que estudios científicos, impresiones recogidas al acaso en el curso de las tareas del magisterio. No carecen absolutamente de valor, pero no merecen tampoco la confianza que se asigna á los resultados de observaciones y experimentos hechos con método y con fines deliberados. Su principal mérito es el de haber señalado á los naturalistas y psicólogos una necesidad por ellos no sentida, y el de haber ensanchado el círculo de sus trabajos.

El primero (según mis noticias) que haya publicado una relación de observaciones verificadas con propósitos científicos en niños de corta edad, es Tiedemann. Su artículo traducido del alemán al francés, fué reproducido en el *Journal général de l'instruction publique*, (Abril de 1863) y comprende los cuatro primeros años de uno de sus hijos. El señor E. Egger leyó ante la Academia de ciencias morales y políticas de Francia, en 1871, la *Memoria* que pu-

blicó en 1879, compuesta de 72 páginas impresas. El reputado psicólogo francés Tain dió á conocer en 1876 en la *Revue philosophique* las observaciones que hizo en una niña durante sus primeros meses, y con motivo de este trabajo envió Darwin á la *Revue scientifique* en 1877 un breve artículo en que consigna varias observaciones que treinta y siete años ántes había hecho durante los dos primeros años de su hijo Doddy. Ferri dió á luz en 1879 otros apuntes acerca de *los tres primeros años de un niño*, en la *Filosofia delle scuole italiane*. Pero el más importante de todos estos trabajos es sin duda el libro del señor Bernard Perez, que apareció por primera vez en 1878 bajo el título de *Estudio de psicología experimental—Los tres primeros años de la infancia*, y que ha reaparecido en 1882 refundido y muy abultado, con el título que he puesto de epígrafe á la presente noticia bibliográfica.

El señor Bernard Perez, ventajosamente conocido por sus obras de pedagogía, ha escrito la *Psicología de la infancia* con un criterio filosófico bien pronunciado. Debiendo estudiar, nó al hombre, sino al niño, es decir, á un sér en cierto modo distinto de sí mismo, ha debido prescindir de la observación subjetiva para atenerse á los datos suministrados por la observación de las manifestaciones exteriores del sér estudiado, si bien ha tenido que valerse de sus nociones conscientes, como es natural, para interpretar los hechos que han caído bajo la acción de sus sentidos. Ha empleado lo que se llama *método experimental*, y esto constituye uno de los caracteres que contribuyen á dar á ese concienzudo trabajo una significación verdaderamente científica.

Está dividido en trece capítulos. El primero se ocupa del desarrollo de las facultades mentales en el período intra-uterino y de las primeras impresiones con que el más alto grado de ese desenvolvimiento se manifiesta en el instante en que el niño nace. Los cinco capítulos siguientes se ocupan de la actividad motriz, de las sensaciones instructivas y afectivas, de los instintos, de los sentimientos y de las tendencias intelectuales. En seguida muestra el autor cómo se vigorizan la voluntad, las facultades adquisitivas, (atención, memoria) la asociabilidad de los estados psíquicos y las facultades con que se elaboran las ideas (juicio, abstracción, comparación, generalización y razonamiento). Y vienen por último un capítulo destinado al lenguaje de los niños, otro en que trata del sentimiento estético y otro en que se discuten su personalidad, la reflexión y el sentido moral.

No es posible reseñar en un artículo como este las conclusiones finales á que llega el señor Perez, porque se trata en su libro, más que de conclusiones de esta clase, de hechos de experiencia, de numerosos hechos que sirven para determinar ó suponer el momento en que tal facultad empieza á funcionar y las fechas en que se revelan sus diversos grados de desarrollo, ó bien para definir con más ó ménos seguridad el progreso de cada clase de los numerosísimos actos de que es capaz la persona. El autor observa las manifestaciones externas, las describe, y luego interpreta, individualizándolas con frecuencia, generalizándolas cuando puede. Digo *cuando puede*, porque la ciencia no permite generalizar sino despues de haberse observado muchos casos semejantes, y estos estudios son aún, como se ha visto, demasiado escasos y deficientes para que puedan servir de base á las generalizaciones.

El libro del Sr. Perez despierta desde luego el más vivo interés en quien lo lee. Ante la descripción de cada hecho el lector se pregunta con cierta avidez: ¿Cómo interpretará esto el señor Bernard Perez? Viene la interpretación, el lector la acoge sin reserva á menudo, pero otras veces le sugiere dudas y aun se levantan resistencias en su mente. Es que el lector se nota atraído por el interés de las mil cuestiones que se suscitan, no se resigna á recibir pasivamente las opiniones del ilustrado autor, piensa, filosofa, acaso involuntariamente, y los pareceres se multiplican. Así, por ejemplo, el señor Perez sienta que en los primeros días de la existencia se mantienen inmóviles las pupilas y el iris del niño. Esto es un hecho. ¿Qué se infiere de él? El psicólogo juzga que esto parece indicar la insensibilidad de la retina respecto de la luz; pero el lector se pregunta quizás en seguida: ¿No se debe la movilidad de las pupilas y del iris á acciones musculares? ¿No se determina generalmente esa acción por influencias reflexas de la retina, ejercidas en cuanto es impresionada por la luz? Y si este es el orden de los fenómenos, ¿no es necesario que la impresión de la retina preceda á las variaciones del diámetro pupilar? Infiero de aquí, acaso, que bien puede ser la retina sensible á la acción de la luz, aunque no se descubra movimiento alguno de la pupila, debiéndose esto á que los nervios sensitivos no se comunican aún con los motores con la facilidad que producirán dentro de poco la repetición de los hechos determinantes y el hábito. Estas discusiones silenciosas con las mudas páginas del libro se suceden frecuentemente. Bien puede suceder que el lector no tenga á su

favor las razones que el autor; pero no por eso deja de operarse en cada página, casi puede decirse en cada línea, este trabajo de exámen y de crítica, que tan pronto conduce á la aprobación, como á la duda ó la negativa.

El señor Perez se detiene á menudo en la interpretación de los casos particulares, y con frecuencia generaliza sus conclusiones, sin mostrar la serie de hechos que autorizan estas generalidades. Sucede entónces que el lector lamenta no poder examinar por sí mismo los hechos particulares para juzgar si la generalización es ó nó todo lo legítima que debería ser. Esto se debe á que el autor abunda tanto en la descripción de hechos, que engendra en sus lectores el hábito de hallar á mano los hechos que han de servir de base á sus juicios. Cuando esos hechos faltan, el hábito se resiente. Denuncia esto uno de los méritos del libro, porque satisface en su conjunto las necesidades del método, y porque constata la sinceridad y la buena fé con que el señor Perez ha elaborado su interesante y benéfica producción.

La obra que anuncio á los estudiosos es la más extensa y la más completa que en el género se haya publicado, y se distingue de las demás que conozco en su tendencia á establecer conclusiones generales. ¿Es prematuro este esfuerzo? Tal vez. Como he dicho ántes accidentalmente, las conclusiones extensas deben ser precedidas por numerosos casos particulares, porque el estudio y la comparación de estos es lo único que puede inducir legítimamente á establecer reglas ó leyes. Los estudios particulares de Tiedemann, Tain, Darwin, Egger, Ferri, Perez, y los que yo he hecho en uno de mis hijos, (relacionados en parte en mis APUNTES PARA UN CURSO DE PEDAGOGÍA) muestran que es muy variable el tiempo en que se verifican los progresos mentales. Esas variaciones dependen en parte (sin contar las diferencias individuales de constitución y de temperamento) del clima, de la naturaleza topográfica de los países, de la clase de alimentación y de trabajo predominantes en cada comarca. Independientemente de estas causas, hay en el seno de cada nación, de cada provincia, otros hechos generales que se relacionan con las creencias religiosas, con el sistema de gobierno, con el estado de las ciencias, las artes, la literatura y con las costumbres civiles de los pueblos, que influyen más ó ménos en el desenvolvimiento general de la mente y en el particular de algunas facultades. De aquí proviene que el progreso psíquico comun que se constata respecto de cada edad, por ejemplo, en la Gran Bretaña, no corresponda al de Alemania, ni al de

Rusia, ni al de Turquía, ni al de Francia, España ó Italia, ni al de América. De allí surgen también las diferencias que se han de notar en la progresión mental de las varias regiones de un mismo Estado, como son v. gr., Inglaterra ó Irlanda; Cataluña, Andalucía y Galicia; las provincias septentrionales y las meridionales del Brasil, etc.

De aquí resulta que cuanto más espacio abracen las generalizaciones, ménos numerosas tienen que ser; y como la higiene, y sobre todo la enseñanza instructiva y educativa necesitan apoyarse en datos precisos correspondientes á todos los órdenes de la actividad humana, se sigue: que el primer empeño de los psicólogos debe contraerse, durante algun tiempo, á estudiar cuidadosamente *desarrollos individuales* en personas pertenecientes á diversas regiones de Europa y de América; y que, cuando estos estudios particulares lleguen á ser bastante numerosos, podrán dedicarse á investigar en ellos y á establecer las relaciones generales. Se verá entonces surgir libros que consignent el promedio de los progresos psíquicos que se verifican en los países septentrionales y meridionales de cada continente, dentro de los límites de cada Estado, y aun en las diversas secciones territoriales que los componen.

Los trabajos que mientras tanto se den á luz, están destinados á servir como elementos que han de concurrir á formar aquellas síntesis de más en más extensas, y como indicaciones más ó ménos aproximativas á los higienistas y educadores que, obligados á prestar desde ahora sus servicios, no pueden esperar á la definitiva constitución de la psicología de la infancia y de la juventud, y tienen que guiarse por los datos parciales que suministran las primeras labores de observación y de crítica.

Entre esas obras, la del señor Bernard Perez ocupará, sin duda alguna, un puesto de preferencia, por la riqueza de sus datos, por la sagacidad de su crítica y por el noble interés científico que ha presidido á su composición. La enseñanza necesita conocer perfectamente el desarrollo de la persona, grado por grado, porque es una de sus leyes cardinales que tanto la instrucción como la educación deben acomodarse al estado actual de las fuerzas del alumno; y como las edades destinadas al estudio son la infancia, la juventud y la adolescencia, la psicología de la infancia es sólo una sección de la *psicología del alumno* que la ciencia constituirá sin duda antes de mucho. Pero es una sección tan importante, interesa en tales términos su conocimiento al éxito de la higiene y de la

enseñanza, y la obra del Sr. Perez se recomienda por cualidades tan excepcionales, que no vacilo en asegurar que la *PSICOLOGIE DE L'ENFANT* es un libro que deben estudiar todos los maestros, todos los pedagogistas, todos los que directa ó indirectamente propenden á regular la enseñanza científica de las nuevas generaciones, y de un modo especial los padres de familia, que no pueden educar bien mientras no tengan un conocimiento perfecto de la marcha que sigue la naturaleza de sus hijos.

## San Francisco de Asís

TRADUCIDO DEL ITALIANO PARA LOS «ANALES DEL ATENEO DEL URUGUAY»

POR PABLO ANTONINI Y DIEZ

« . . . quel padre e quel maestro »

Dante.

### I

Cumplen hoy siete siglos desde que « nació al mundo un sol » de caridad, de poesía, de seráfico ardor. Tardía, gélida y escéptica posteridad, detengamos un momento la mirada sobre aquel oriente de luz y de fé y elevemos hasta él nuestros corazones soberbios ó inquietos. Nos acompañan en este culto del gran Santo democrático, las nobles almas, las más espléndidas inteligencias, desde Dante y Giotto hasta Castelar y Dupró.

Ascendido Dante al cielo paradisiaco del Sol, es rodeado por doce espíritus chispeantes. Uno de ellos se revela por Tomás de Aquino, nombra á los otros once maestros, razona con el divino poeta y lo describe en un magnífico himno la vida de Francisco de Asís. El santo dominico hace el elogio del santo franciscano. Poco despues San Buenaventura franciscano haciendo el panegírico de la vida de Santo Domingo lo llama *una de las ruedas del carro en que la Iglesia se defendió*—y recuerda á Dante la excelencia de la *otra* de la cual Tomás había hablado ántes. El carro de la iglesia militante tiene, pues, dos ruedas—la rueda del ímpetu ardiente, de la voluntad profética, irresistible—y la del amor, del apostolado, del sacrificio: la rueda querúbica y la rueda seráfica. Domingo de Callaroga es la primera, la segunda, Francisco de Asís.

Y el místico carro fué siempre tirado por ese doble giro de fuerza y de afecto ántes y despues de aquellos dos santos: ahí están, en efecto, Pedro y Juan, Jerónimo y Agustín, Savonarola y Felipe

Neri, San Ignacio y San Francisco de Sales, el abate Ransó y Vicente de Paula, Bossuet y Fenelon. . . . Así tambien en el mundo del arte, vemos al lado de Dante á Petrarca, al lado de Miguel Angel á Rafael, al lado de Beethoven á Mozart.

La severa, sublime, formidable voz de Dante—voz de la Italia y de la humanidad, de la Edad Media y de todos los tiempos, por que voz de la Naturaleza y de Dios se torna de una inefable suavidad, de una ternura elegiaca que vence en dulzura cualquiera otra poesía, cuando habla de Francisco de Casela, de la Pia, de Picarda. . . . Pero en el canto de Francisco la dulzura del afecto se vuelve más inefable y verdaderamente única por la santidad de la conmocion; es la piedad humana transfigurada en un extásis de admiracion contemplativa, que sin embargo queda humana y unida á los recuerdos de la tierra. La precision épica y hasta *topográfica* se une á las inspiraciones líricas, á las aladas estrofas del himno—y entre las lágrimas de la adoracion se entrevée la sonrisa estática del divino poeta. El canto de San Francisco es talvez el más bello canto del *Paraiso*.

El alma de Dante, naturalmente gentil y afectuosa, devastada por las pasiones políticas y reducida al estado de volcan en erupcion ó de océano en tempestad, agitada por trágicos odios y por un titánico orgullo—se ablanda y se deshace en lágrimas en presencia de la evangélica figura del pobre monge de Asís; y parece que le confiesa toda la vanidad, toda la amargura de las pasiones terrenales, y que anhela la paz y los gozes invisibles de la vida humilde.

« O ignota siccchezza, o ben verace! »

### II

No cabe aquí narrar la vida del Santo: ella está admirablemente sintetizada en el canto dantesco y particularmente expuesta en las *Dos Leyendas* de San Buenaventura, en la *Vida* de Tomás de Pelan, en la *Vida escrita por tres compañeros del Santo* y en los *Floretti*. Muchas historias de San Francisco fueron escritas en los varios siglos; bastará citar la última en fecha, pero la primera de todas por su mérito, escrita por E. Charin de Malan.

La vida de San Francisco de Asís es una vida-poema, un milagro en permanencia, un apostolado evangélico que á cada momento

recuerda los actos del divino fundador del cristianismo. El heroísmo y la humildad se confunden en esta vida maravillosa. El besa y sirve á los leprosos y arrostra la presencia del Sultan de Egipto—detiene y amansa al feroz lobo de Gubio; y pide de rodillas la bendición á Fray Ginebro—funda misiones, órdenes nuevas, edifica iglesias y conventos, aconseja reyes y papas; y escucha con religiosa atención el canto de las alondras y golondrinas, habla á las flores, á las estrellas, á las cigarras, á los alcones, llamando á todas las creaturas, con un sentimiento de caridad *universal*, hermanos y hermanas; en esta comunión con la naturaleza solo se le puede comparar con el otro Francisco, el Salesiano, en cuyas obras, « como en el velo de Isis están las efigies de todas las creaturas. »

En tiempo de feroz dureza, derrama sobre Italia el primer rayo de poesía, iniciando la literatura con cánticos ardientes de amor divino y con un férvido himno al Sol: alba celeste de la gran luz meridiana de la *Divina Comedia*. Él por primero reanuda la tradición evangélica y aparece como recién salido de las Catacumbas. Es el Cristo de la Edad Media—es el Orfeo que predica á todas las creaturas, doma y mueve la dura piedra de los corazones humanos. Padre de los pobres, vive con ellos, por ellos reza, los consuela, los asiste infatigablemente activo, á la par que pronuncia palabras de profunda conmiseración hácia todos los grandes de la tierra. En una sociedad basada sobre la guerra y la fuerza, él resucita la santa democracia del Evangelio. Y cuando no vive entre los pobres, se le vé en el desierto como el Precursor, en las montañas inaccesibles, en las cuevas de granito orando estático y solitario. . . . Democrático, ascético, heroico y poeta, él es el *más italiano* de todos los santos.

## III

*E poi che, per la seta del martiro  
Nella presenza del Soldan superba  
Predicó Cristo e gli altri che il seguirono;  
E per trovar a conversione acerba  
Troppa la gente, e per non stare in darno,  
Reddissi al frutto della italica erba;  
Nel crudo sasso intra Tevere ed Arno,  
Da Cristo prese l'ultimo sigillo  
Che be sua membra due anni postarno.*

Cualquiera que visite el valle del Casentino y suba al *crudo sasso* de la Alvernia no puede ménos de inspirar su corazón y su mente en la poesía de Dante y en la santidad de Francisco. Bello y austero el Casentino, es el paisaje más *dantesco* de Italia. Allí está Romana y Campaldino, el Arquium *rubesto*, el Sagrado Heremitorio y el *crudo sasso* de la Alvernia.

La Alvernia se diría el *mons coagulatus* del Salmista—es la montaña del ascetismo de la Edad Media, la montaña de los milagros. Allí más que en ninguna otra parte se comprende toda la poesía de la *Divina Comedia*, del Passavanti, de los *Fioretti*, de los trecentistas.

Entre los escritores modernos, uno solo ha sentido y espresado estas armonías de la naturaleza áspera y salvaje y del ascetismo católico— y este es Goethe. En el místico final del *Fausto* la escena se abre así:

*Bosques, Precipicios, Rocas, Solitud  
Santos Anacoretas  
esparcidos sobre las cumbres de la montaña  
y en las cuevas*

PATER EXTATICUS (*alzando las manos al cielo*)

« Eterna llama celestial, ardiente lazo de amor, hirviente espasmo del pecho, insaciable anhelo de Dios! Flechas, heridme; lanzas, traspasadme; encinas, aplastadme; anonadadme ¡oh rayos!—y disperso el elemento caduco, brille el alma sola, estrella inmortal, sustancia del infinito amor! »

¿No parece estar en la cumbre de la Alvernia y de oír el grito apasionado del Santo, un momento ántes de recibir en sus miembros el sello de Cristo?

Cosa singular, y erco, poco notada. Goethe, el gran pagano, es el poeta moderno que mejor ha comprendido y espresado la poesía de la leyenda católica; hasta no sería exagerado afirmar que de esta ha recabado los más felices *motivos* de su gran poema dramático: ejemplo—la escena de las campanas de Pascuas; Margarita en el tabernáculo de la vírgen; la estupenda escena de la catedral y el sublime final místico de los Anacoretas, de los Penitentes, de los Angeles y de la *Mater gloriosa*.

A un naturalista alemán, que con la pedantería de la audacia ha definido el Cristianismo *una perversidad de la naturaleza hu-*

mana, y la estética cristiana una monstruosidad de instintos, Ernesto Renan, ha contestado con bellas y justas palabras que corroboran mi argumentación y que por lo mismo las reproduzco en seguida:

« Ah! si assis sur les ruines du mont Palatin ou du mont Caelius, il eût entendu le son des cloches éternelles se prolonger et mourir sur les collines désertes au fût Rome autrefois; ou si de la plage solitaire du Lido il eût entendu le carillon de Saint-Mare expirer sur les lagunes: s'il eût vu Assise et ses mystiques merveilles, sa triple basilique, et la grande légenda du second Christ du moyen age tracée par le pinceau de Cimabue et de Giotto; s'il se fut rassasié du régal long et doux des Vierges du Perugin, ou qu'à San Domenico du Sienne il eût vu Sainte Cathérine en extase; non il ne jetterait pas ainsi l'opprobre à tonte une moitié de la poésie humaine, et non s'exclamerait « pas comme s'il voulait reponsser loin de lui le fantôme de Iscariot! . . . Chez les anciens, partout le repos et la joie: partout des images de bonheur et de plaisir. Or cela ne nous suffit plus; nous ne concevons plus la vie sans tristesse. Pénétré de notre soif d'infini cet art si délimité, cette morale si simple, ce système de vie si bien arrêté de toutes parts, nous semble un réalisme borné. . . »

A quien atribuye á sentimentalismo romántico estas palabras de Renan sobre la seriedad religiosa de la vida y del arte, recordáremos aquí que, en otros términos, han dicho y repetido la misma cosa Herder, Schiller, Schlegel, Gian Paolo, Coleridge, Macaulay, Rustrin, Victor Hugo, Carlyle, Castelar y Mazzini.

## IV

*Quando a cobri che a tanto ben sortillo  
Piacque di trarlo suso alla mercede  
Ch' egli acquistó col suo farsi pusillo  
Ai frati suoi, siccome a giuste crede  
Raccomandó la sua donna piú cara  
E commandó che l' amassero a fede.  
E del suo grembo l' anima preclara  
Muover si volle, tornando al suo regno,  
Ed al suo corpo non volle altra bara.*

Detengámonos por un instante á contemplar sobre el árbol de la

vida ese divino fruto ya maduro para el cielo. Si San Francisco fué admirable en vida, en la muerte es sublime. En los últimos meses, las más penosas enfermedades le afligieron; agudos dolores á los ojos, fiebres continuas. Él llamaba *hermanas* esas aflicciones y la sonrisa no le abandonaba en su lenta agonía. En Setiembre de 1225 le condujeron á San Fabian, cerca de Rieti, esperando que ese aire le probaría: luego á Colombiano en donde, segun la bárbara cirugía de aquellos tiempos, se le hizo una operación en la vista con un fierro candente. El santo hombre lo bendice con estas palabras: « Hermano fuego, el Altísimo te hizo ántes que otra cosa, te hizo bello, útil, poderoso: sé, pues, hoy benigno conmigo y que Dios mitigue tu ardor en modo que yo pueda soportarlo. »—Una noche se sintió desfallecer. Llamó á Fray Leon y le dijo: « Escribe, sacerdote de Dios, la bendición que yo doy á todos los monges que están presentemente en el Orden y á todos aquellos que entrarán en él hasta el fin de los siglos. Ámense entre sí como yo los he amado, y amen y conserven mi compañera la Pobreza. »

Luego quiso ser llevado á Santa María de los Angeles, descanando morir allí donde habia renacido á la gracia. Cuando llegaron á la llanura dijo á los que lo conducian: « Detencos y dejadme mirar hácia la ciudad »—y levantándose sobre la litera, bendijo á Asís, la *ciudad santa*: la bendijo, nuevo Moisés, y lloró amargamente.

Después de haber dictado su testamento de paz y de caridad, se hizo poner tendido sobre la nuda tierra, cruzó los brazos é invitó á Fray Leon y á Fray Angel á cantarle por última vez sus cánticos sobre el *Sol* y la *Muerte* durante los cuales aquél seráfico espíritu volvió á su creador.

Tenia cuarenta y cinco años. Era el 4 de Octubre—una hermosa, serena, plácida tarde de otoño . . . . .

## V

La visita de las iglesias de Asís fué para él un vivo regocijo, una revelación artística.

Las tres iglesias, sobrepuestas la una á la otra, son el más estupendo milagro del Arte religioso de la Edad Media. Son el símbolo sublime de la penitencia, de la vida y de la gloria—del dolor, de la esperanza y de la felicidad—son la *Divina Comedia* de la Arquitectura.

La iglesia subterránea conserva en la oscuridad, aclarada apénas

por alguna rara lámpara, la tumba del Santo. Estamos en las tinieblas de la muerte, en el seno de la madre tierra que á todos nos espera . . . .

En la segunda iglesia, las tres artes hermanas han difundido todos sus tesoros. Columnitas ligeras, finos capiteles, estatuas y pinturas al fresco, vírgenes con blondas cabezas y túnicas azules, mártires con verdes palmas en las descarnadas manos, paredes pintadas con azules constelaciones, los vidrios impresos como telas, la madera modulada como la tela, el mármol labrado como la blonda—todo nos habla aquí de vida laboriosa, de amor diligente, de cristianas armonías.

Subamos ahora á la tercer iglesia y respiremos en la luz gloriosa de lo infinito! Aquí todo resplandece por todas partes! Las columnas se lanzan, las ventanas se ensanchan, la nave es un paraíso lleno de azul, de oro, de beatos, de astros y de flores. Estamos en el supremo peldaño de la mística escalera de Jacob y parece oírse distantemente las voces del otro mundo. . . . .

Solamente algunos cuadros del Angélico, ó más bien algunos versos del *Paraiso* de Dante, pueden dar una idea de tan sublime espectáculo, de tan sublime sensación.

. . . . . O perpetui piori  
Della eterna letizia che pur uno  
Sentir mi fate tutti i vostri odori.

—  
Vidi sopra migliaja di lucerne  
Un sol che tutta quante le acuendea

—  
Yo sono amore angelico che giro  
L'alta letizia. . . . .

—  
Ed una melodia dolce correva  
Per aer luminoso . . . . .

—  
Al Padre, al Figlio, allo Spirito Santo  
Cominrió gloria tutto il Paradiso  
Si che ni inebriava il dolce canto;  
Ció che i nadeva mi sembrava un riso  
Dell' Universo; perché mia ebbrezza  
Entrava per l' udir y per lo viso.  
O gioja! o ineffabile allegrazia!

Tales son los sentimientos, las visiones, los pensamientos que despierta la gótica arquitectura de Asís. — Santa arquitectura, arte madre, armonía plástica inspiradora de todo grande concepto, cómo eres hoy descuidada y ultrajada! El hombre moderno, en su vida febricente y vertiginosa, canta todavía y pinta; pero no edifica más artísticamente. Que el hombre, escéptico ó ateo, no construya ya catedrales, epopeyas de mármol y de piedra, se entiende; pero lo que no se comprende y más adolora, es su negligencia, su indiferencia por el carácter estético de los edificios públicos y privados. Mal signo, cuando la casa del hombre es hecha para durar una sola generación—cuando el edificio no es ni un santuario, ni un asilo, ni una base, ni un símbolo; sinó únicamente una carpa de nómades, un innoble pedestal de mármol simulado y de yeso. . . . . Mas volvamos á la iglesia de Asís.

## VI

En esta triple iglesia han pintado Cimabue, Giunta, Pisano, Simon Memmi, Giotto, Buffalmacco, Margaritone. Giotto, devoto de San Francisco y amigo del Dante, tiene aquí sus obras maestras: entre otras los *Esponsales de San Francisco con la Pobreza*. Pero aún en las pinturas al fresco de los artistas menores, cuánta vida, cuanto *carácter* en aquellas cabezas, en aquellas fisonomías! Bien se vé que el artista *creía* en aquellas Vírgenes, en aquellos Angeles, en aquellos santos! Parecen personas que se han conocido en la vida y que se vuelven á ver con cierta maravilla. . . . . Colocad al lado de esas incorrectas, pero vivientes figuras, las incensurables figuras de los santos de algunos pintores del Renacimiento y os parecerán lindos retratos sin alma. Mirad ahí cerca la iglesia de Santa María de los Angeles reedificada por Vignola, correcta, perfecta, clásica. Cuánta ciencia de escuadra y que ausencia completa de sentimiento religioso! Ni siquiera la salvan tampoco las santas figuras de un ascetismo inoculado dibujadas por el buen Overbek. . . . ; Es una iglesia, un convento, un palacio, una academia, un museo? Si no fuese la pobre casa de tierra que allí se conserva bajo la cúpula—esa especie de choza, en donde el Santo meditó, oró y lloró, ese soberbio edificio nada diría á nuestros corazones, como nada dice á nuestros ojos, y permanecería helado y mudo.

Helado y mudo como casi todas las vastas y ricas iglesias ro-

manas de la segunda mitad del siglo décimo sexto; simétricas, académicas, aristocráticas; periodos ciceroneanos escondidos en piedra y mármol—llenas de ninfas ataviadas representando á la Virgen, de ángeles que tienen el aspecto de pages ó de bailarines, de santos vulgares en aptitudes absurdas y teatrales. . . .

Apresurémonos á volver á subir á la Iglesia de Asís—á la iglesia del arte santo y de la alta poesía! Solamente desde aquella cumbre inmaculada comprenderemos el sentimiento de adoracion y de apostólica ternura que ardía en el corazón de San Francisco; ese sentimiento de amor universal y de infinita piedad—ese *eterno femenino* que purifica y eleva al cielo el corazón del hombre!

*Das Ewig Weibliche  
Zieht uns hinan!*

Roma 1.º de Octubre 1882.

## Leccion de apertura del curso de Economía Política

LECTADO POR EMILIO CHEYSON EN LA ESCUELA LIBRE  
DE CIENCIAS POLÍTICAS EN PARIS

TRADUCIDO PARA LOS ESTUDIANTES DE ECONOMÍA POLÍTICA

POR J. R. M.

### DIFICULTADES Y UTILIDAD DE LAS DEFINICIONES

Nada, señores, es más difícil que definir una ciencia. Como no se puede dominarla sin poseer bien todas las nociones que abraza y condensa en su fórmula, parece que en buena lógica debería dejarse la definición para el coronamiento ó el resumen del curso. No es así, sin embargo, como se procede generalmente, y me apresuro á agregar que existe para ello razón suficiente. En efecto: antes de comprometernos en su largo viaje, conviene á lo ménos conocer la orientación del camino que tomamos, saber dónde conduce é informarnos de los principales paisajes que debemos recorrer. Á esto concretaremos nuestra tarea de hoy, sin perjuicio de que cuando hayamos llegado al término del viaje dirijamos una mirada hácia atrás sobre el camino recorrido. Esta primera leccion está consagrada exclusivamente á exponeros sumariamente el cuadro, método y objeto de la Economía Política.

*Las necesidades.*—No necesitamos ir muy léjos para encontrar los fenómenos económicos: nos rodean por todas partes, y puede decirse que andan corriendo por las calles.

Todos esos transeuntes ocupados que con tanto apresuramiento tratan de tomar los ómnibus por asalto, obedecen á incitaciones muy diversas, pero que en el fondo se relacionan todos á un solo y mismo móvil—la necesidad. Á raíz de todos los actos humanos, cuando se les analiza, se encuentra siempre ó el deseo de evitar una pena ó el de procurarse una satisfacción.

Estas necesidades que atormentan á la humanidad no son de la misma importancia. Unas deben satisfacerse so pena de morir, como el hambre; otras solo ponen en juego un sentimiento de lujo ó de vanidad. Tampoco son del mismo orden — las unas, como la sed y el frío, reclaman satisfacciones materiales: un pedazo de carbon ó un vaso de agua; — los otros, como la aspiracion hácia el bien ó la curiosidad del espíritu, exigen satisfacciones inmateriales: el sermón del predicador, la lección del maestro.

Estas necesidades no constituyen una cantidad fija ó limitada, pues son susceptibles de un vuelo, por decirlo así, indefinido, y se desarrollan sin cesar con las satisfacciones que alcanzamos. Todo nuevo progreso aumenta nuestras exigencias y nos hace intolerable la privación de ciertos objetos que constituían ántes un refinamiento reservado á algunos privilegiados del nacimiento ó de la fortuna. Cada etapa permite así abordar necesidades de un orden más general y más elevado. Segun la palabra de un antiguo, es necesario comenzar por vivir: la filosofía viene despues — *Primo vivere deinde philosophare*.

*Las satisfacciones y el trabajo.* — ¿Por qué medio el esfuerzo obtiene su fin: la satisfaccion? Por el trabajo. Obreros, empleados, funcionarios, negociantes, todo el mundo obedece á esta ley. Es ella la que imprime á la poblacion parisiense las oscilaciones de una gran marea diurna cuyo flujo trae de mañana los trabajadores al taller, á la tienda, á la oficina, y cuyo reflujó los hace volver de noche á sus hogares. Algunos ociosos parecen sustraerse á la regla comun; pero estos consumen su capital, que no es otra cosa, como veremos más tarde, sino trabajo encarnado en la materia y conservado por el ahorro. Si actualmente no trabajan, viven de su trabajo anterior ó del de su familia. En último análisis, el trabajo es el instrumento de toda satisfaccion, así como tiene siempre la necesidad por móvil.

La necesidad es, pues, el gran resorte del organismo social; suprimida ella, todo movimiento se detiene, y nos encontraríamos en una sociedad de ascetas, fakires, lazzaronis ó zulús. Bajo los climas tórridos donde el sol dispensa al hombre de hacer esfuerzos para alimentarse, vestirse, encontrar calor y alojamiento, los pueblos enervados por las liberalidades de la naturaleza son presa de la desidia y de la decrepitud. Así como el dolor del cual es una forma, la necesidad desempeña un papel saludable impeliéndonos al trabajo para obtener el goce.

De estos tres términos que se encadenan y se engendran, los dos extremos — necesidad y satisfaccion — son esencialmente personales. Deseo y gozo por cuenta propia, pero puedo trabajar por cuenta ajena. El trabajo es como un factor en las relaciones de sociedad. Ved ahí la economía política que aparece con él.

*Sojuzgamiento de la naturaleza á las necesidades del hombre.* — El hombre jamás trabaja solo: tiene siempre, aún sin saberlo, un colaborador poderoso — la naturaleza — cuyas fuerzas vienen en su ayuda con tal de que sepa disciplinarlas á su uso. Algunas veces es la naturaleza la que hace todos los gastos, como en la cosecha de los frutos espontáneos, el hallazgo del diamante ó la pesca; otras veces, al contrario, desempeña un rol secundario, como en las obras de arte y en las producciones del espíritu.

En la infancia de la humanidad, el hombre estaba dominado por la naturaleza y rodeado de fuerzas que le eran desconocidas y que solo se le revelaban en una forma tiránica. Poco á poco aprendió á conocerlas y á domesticarlas, sometiendo á su servicio los animales, el agua, los vientos, el sol, el vapor y la electricidad. Llegó al fin á esta expansion de progresos materiales que constituyen el legítimo orgullo de nuestro tiempo.

Trascribimos aquí el cuadro magistral de este progreso, tomándolo del discurso pronunciado por el ilustre secretario perpétuo de la Academia de Ciencias M. J. B. Dumas en la inauguración de la estatua de M. Beequerel el 20 de Setiembre último:

«Se perforan las montañas; se abren los istmos; caminos entregados al vapor surean el globo por todas partes trasportando al más humilde viajero con una rapidez que en tiempo de su esplendor jamás conocieron los grandes soberanos del orbe; el pensamiento y la palabra circulan con la rapidez del relámpago al rededor de la tierra; los ingénios de la mecánica rivalizan por su fuerza, con los gigantes de la fábula y por la destreza, con las manos de las hadas, elevando monumentos ciclópeos ó tejiendo velos sutiles como los vapores aéreos! La industria rejuvenecida renueva sus procedimientos; la remolacha hace ceder el puesto á la caña de azúcar; la rubia y la cochinilla sucumben; se abandona la cera de abeja; el metal fundido reemplaza á la piedra; el hierro se sustituye á la madera y el acero al hierro; la tierra romana perfeccionada asegura á nuestras construcciones una duracion imperecedera; los metales trabajados por la electricidad bajo las mil formas del arte y del capricho, se prestan á todas las necesidades de

la industria y á todas las fantasías del gusto; la luz fija las imágenes que ilumina, suprimiendo el trabajo del artista, los graba por sí misma en la plancha de acero destinada á reproducirla; la agricultura corrige sus procedimientos y entra á confiar á las máquinas los servicios penosos que ántes exigía á los obreros; el arte de curar se enriquece con procedimientos ignorados de nuestros padres que suprimen el dolor y previenen los contagios; á cada instante, á cada paso; en medio de estas ciudades salubrificadas y embellecidas; á través de los campos fecundados por el trabajo del riego ó de la trituración, el hombre moderno se encuentra en presencia de la invención bienhechora como envuelto por ella y rodeado de una multitud de géneos aplicados á adivinar sus necesidades ó sus deseos y á asegurarles una rápida y completa satisfacción».

*Utilidad gratuita y onerosa.*—Estos progresos imponen á la naturaleza una parte creciente de colaboración en el producto común y alivian al hombre de una parte correspondiente de tareas. Lo que hacen los agentes naturales, el hombre no tiene necesidad de hacerlo, viniendo á aumentar así la disponibilidad de sus fuerzas como sus recreos y sus goces; la utilidad gratuita va siempre ganando terreno sobre la utilidad onerosa; es una conquista definitiva, un progreso continuo y una de esas armonías que Bastiat hizo resaltar con tanto brillo.

*Formas sucesivas del trabajo.*—Desde que la humanidad existe, el trabajo es su ley, pero ha tomado aspectos muy diferentes según los lugares y los tiempos. En las primeras edades, el hombre es pastor nómada; caza ó pesca. Más tarde se fija en el suelo y lo cultiva; después aparecen los pequeños talleres industriales, y por último esas grandes manufacturas que agrupan miles de obreros al rededor de la chimenea de la usina. ¡Qué de problemas delicados debe contener esa variedad de combinaciones! ¡Cuántas ocasiones de sufrimientos y de conflictos en esas grandes aglomeraciones de la industria moderna! ¡Cuánta necesidad de relaciones exactas entre todos esos rodajes para conjurar los frotamientos y asegurar la buena marcha de una máquina social que viene complicándose día á día!

*Division del trabajo entre individuos y naciones.*—Lo que distingue á las sociedades modernas es su extremada complicación; al principio todo es simple y como rudimentario. Bajo la tienda de la familia patriarcal, el padre es al mismo tiempo pontífice y rey. En ciertas islas perdidas de las costas francesas del océano, hace

apénas dos años el cura hacia las funciones de alcalde, notario, juez de paz, despachante al menudeo; el barbero de ciertas aldeas maneja á la vez la navaja y la lanceta. Pero á medida que las sociedades se aglomeran y la industria se perfecciona, las tareas se separan. Un mismo obrero hará siempre la misma parte de un alfiler ó de un reloj; cada uno se circunscribe á su especialidad: *es la division del trabajo* la que ha contribuido poderosamente al vuelo productivo de la actividad humana.

La division del trabajo no se limita á los individuos, sino que se extiende cada vez más á las ciudades y á las naciones en razon de sus aptitudes naturales ó adquiridas. No se dedicaran al cultivo de la palmera en Francia ni á la viña y el olivo en Suecia; los países nuevos de la América y del Canadá producen carne y trigo, en tanto que la vieja Inglaterra se dedica á los tejidos y á los metales; Lyon trabaja la seda; Roubaix la lana; Sheffield el acero. Se establece así entre todos los centros bajo el impulso de la concurrencia y sin intervencion de los gobiernos una separación bienhechora de atribuciones que especializa la producción allí donde se encuentran las condiciones más favorables; es decir, donde la naturaleza puede dar más, obteniéndose el máximo de resultados con el mínimo de trabajo. Gracias á esta organización espontánea que puede permitir la mejora de los trasportes, la ciudad de París pone á contribucion las fuerzas naturales repartidas en la superficie del globo, desde el sol del África y las crecientes del Nilo hasta la fertilidad del *Far-West* americano.

*Cooperacion social.*—La division del trabajo trae por consecuencia necesaria la cooperacion social. Robinson en su isla hacia todo con sus manos y se bastaba á sí mismo. Se concibe en rigor que algunos individuos provean á sus propias necesidades sin cuidarse de las del vecino; pero en esos casos no hay sociedad ni economía política. Si paso un tiempo cepillando tablas ó fabricando alfileres, es necesario que otras personas, panaderos ó sastres, por ejemplo, se ocupen de mi alimento ó de mi vestido. Cambiaré con ellos los productos de mi trabajo, y en cambio de mis tablas cepilladas me darán una blusa ó pan.

Incrustados en la sociedad de que formamos parte, y enneguicidos por el hábito, no alcanzamos á discernir claramente los beneficios que debemos á la cooperacion social. Son, sin embargo, bastante resaltantes para merecer nuestra atencion y nuestro reconocimiento.

Mientras que en las sociedades primitivas cada uno debe defenderse solo contra los peligros que lo rodean y lo más frecuente contra sus semejantes, *homo homini lupus* es el Estado que se encarga de asegurar nuestras personas, nuestro trabajo y nuestros bienes. El aparato de la policía, de la justicia y de la fuerza pública está á nuestro servicio y vela por nosotros. Aprovechamos los esfuerzos anteriores, como de un fondo comun enriquecido sin cesar por las generaciones sucesivas. Las plazas, las calles, los monumentos, los caminos, los hospitales, nos han sido legados por nuestros padres. Todas las invenciones se acumulan en provecho nuestro, y el que llega último recibe los beneficios de todos los que le han precedido. El pasado nos envuelve por todas partes, nos penetra y nos sostiene.

«El principal defecto de nuestro tiempo es el desden por el pasado, la indiferencia por la tradición, el olvido de esta verdad que formamos el lindo de siglos enteros de abnegaciones y de sacrificios. . . . La instrucción en los grandes negocios humanos, con vistas estrechas de una política superficial que no admite cadena alguna de muertos á vivos, ninguna obligación entre el último iniciado que recibió la antorcha de la vida y los divinos iniciadores que la encendieron. . . el egoismo estrecho que concibe al hombre como un ser sin raíces en el pasado, sin lazos en el porvenir. Plebeyos ó patricios, todos salimos de un pasado; todos tenemos antecesores. La civilización es una obra de razon lenta y de ciencia profunda por la cual no se trabaja útilmente sino tomando un punto de apoyo sólido sobre los cimientos del pasado». — *E. Renan*, sesion pública en la Academia de Ciencias, 29 de Noviembre 1871.

Engranados en los mil rodajes de esta cooperacion social, todos trabajan por cada uno sin noticia uno de otro. En este momento una jóven paisana de los Vosges borda una lencería para una parisense que no conocerá jamás; un *squatter* australiano cria ovejas cuya lana será utilizada para mi vestido el año próximo. Son los desconocidos quienes trabajan por satisfacer nuestras necesidades, como trabajamos nosotros sin saberlo por satisfacer las de ellos. Maravillosa combinacion que por mil canales invisibles pero seguros dirige todos estos servicios de manera que se cruzan, se encuentran y se cambian!

Y lo que hace este espectáculo más maravilloso aún es que es un producto espontáneo de la actividad humana no obtenido por un mecanismo artificial. Si vais de mañana á esos mercados centrales donde dos millones de parisenses deben tomar los alimentos de

cada dia, os quedareis aterrados de la grandeza y de los peligros del problema. El vientre de París tiene exigencias tan formidables, que el Estado debería vigilar estos aprovisionamientos. Empero, guárdeso bien de ello; habiéndolo ensayado algunas veces, ciertamente que no ha habido motivo para aplaudir sus proceder al haber asumido tan tremenda responsabilidad. Lo que mejor debe hacer es abstenerse; dejando obrar el interés privado, y el libre juego es suficiente para asegurar el funcionamiento de estos grandes servicios.

Si se compara lo que hace cada uno de nosotros con lo que recibe la sociedad, se queda uno sorprendido de la enorme desproporcion entre nuestros esfuerzos y nuestros goces. Por una moneda podemos procurarnos una tela cuya materia prima ha sido producida en América, trasportada á Europa, tejida en Rouen, teñida y estampada en París. ¡Cuántos servicios intermediarios son remunerados por tan débil suma! Del mismo modo con dos ó tres sueldos adquiero un diario y tengo á mi disposicion los reporters más valientes y más indiscretos que van por todos los puntos del globo afrontando peligros y aventuras para enterarme de lo que pasa. Telégrafos, vapores, vías férreas, tipógrafos, periodistas, todo este mundo y todos estos útiles se ponen en movimiento para servirme en cambio de un óbolo, que gracias á la extension de la salida, constituye en el fondo una remuneracion suficiente de todos esos trabajos. Esta vida en sociedad; esta solidaridad, que poniendo el universo á contribucion para descubrir y contentar nuestros menores deseos, hace posible una multitud de satisfacciones que no hubieran podido ni aún entretenerse ántes y van elevando siempre el nivel de nuestras necesidades y de nuestras aspiraciones — no digo el de nuestra felicidad.

*Desigualdades sociales.* — En efecto; este cuadro brillante tiene su sombra. El pauperismo es el tinte severo de los esplendores de que nos enorgullecemos con tan justo título. Como la extrema miseria se codea con la extrema opulencia, los socialistas, generalizando ciertos hechos, por desgracia demasiado reales, afirman que la tendencia de las sociedades modernas es hacer al rico siempre más rico y al pobre siempre más pobre.

Si fuese así; si la civilización hubiese de florecer sacrificando á los miserables; si fuese necesario obtener el desenvolvimiento de las artes y de la industria al precio de sacrificios tan penosos, valdria mejor volver á la simplicidad y á la rudeza de la naturaleza primitiva, cuyo ideal lisonjero nos ha trazado Juan J. Rousseau.

Debería maldecirse la memoria de los inventores que serían los verdugos de la humanidad en vez de ser sus «génios buenos».

Felizmente no es exacto que exista un antagonismo fatal entre el progreso moral y el progreso material. Una nación adelantada no dedica forzosamente una parte de sus miembros á la desgracia, como tampoco todas las razas primitivas son felices por el solo hecho de que sean primitivas. Se puede muy bien sin dureza para una porción de nuestros semejantes, aplaudir las conquistas del telégrafo, del arado á vapor y de la vía férrea.

Cierto es que el problema del mantenimiento de la paz en las relaciones sociales se hace cada vez más difícil con las complicaciones de las sociedades y su inestabilidad; pero ese problema está lejos de ser insoluble con tal que el desenvolvimiento de las fuerzas morales corra paralelo con el de los progresos materiales. Bajo esta condición encontraremos aquí como en todas partes aquella armonía que es la ley consoladora de los fenómenos económicos; nó una armonía, por decirlo así, inconsciente y espontánea que nos reserva un rol pasivo, sino una armonía conquistada por nuestros esfuerzos, de los cuales debe ser á la vez su fin y recompensa.

*Diversas definiciones de la Economía Política.*—Después de esta rápida ojeada sobre la actividad económica de las sociedades, ensayemos ocuparnos de la definición de la Economía Política.

Para Bastiat, ella se confunde con el cambio, como la sociedad misma, «pues es imposible concebir la sociedad sin cambio, ni cambio sin sociedad». Esta definición que han adoptado algunos economistas de la escuela inglesa con el nombre de *cataláctica* podría convenir también al derecho que trata de los cambios cuando toman la forma de contrato. Por otra parte, excluye las acciones desinteresadas que tienen sin embargo su efecto útil y su contrapeso económico; es á la vez demasiado extensa y demasiado restrictiva.

Para otros economistas que han analizado con vigor los fenómenos de la producción, la Economía política es la *ciencia del trabajo*. A pesar de lo que tiene de seductora y de verdadera, esta definición adolece del defecto de insistir demasiado sobre el medio, dejando en la sombra el fin y el resultado.

Comerás el pan con el sudor de tu frente, tal es la ley del destino humano. El trabajo es la pena y la fatiga. Ciertamente trae consigo sus gozos y su recompensa como todo deber noblemente aceptado, y la elevación moral que produce es uno de sus frutos más fecundos. Pero en el fondo, el fin de la industria hu-

mana es de sustraernos de él procurándonos el máximun de satisfacciones con el mínimun de esfuerzos. Si en la definición solo se pusiera el trabajo, se podría tomarlo no como una necesidad sino como un fin, y dar motivo en los espíritus superficiales, á preocupaciones peligrosas contra todo lo que disminuye el trabajo nacional.

La definición más corriente escapa mejor á este reproche. Para J. T. Sey la «Economía Política», es la simple exposición de la manera como se forman, se distribuyen y se consumen las riquezas.—Para Rossi la Economía Política es la «ciencia de las riquezas.» Otros á fin de encarnarla mejor en esta noción han propuesto llamarla *erematística*.

Esta definición ha dado lugar á violentas diatribas contra la Economía Política á la que parece restringir al dominio de las cosas y de los gozos materiales. Pero estas acusaciones de materialismo sobre las cuales tendré ocasión de volver al tratar de las relaciones de la Economía Política y de la Moral, caen de su peso, si se comprende en la palabra *riquezas* como lo han hecho varios economistas no solamente los productos materiales sino también las utilidades naturales, las facultades y los servicios.

Con esta noción más estensa y más verdadera, la definición que considera la Economía Política como la ciencia de las riquezas, nada tiene que pueda alarmar al moralista más austero. Pero si es inocente de los errores que se le imputan falsamente, si es correcta y exacta en lo que dice, le reprocho ser incompleta y no decirlo todo. Hace resaltar bien el medio y el resultado, pero no indica el fin; caracteriza la *ciencia* pero no se ocupa de la Economía Política considerada como *arte*.

*La ciencia y el arte*—El economista no se propone por único fin delinear la historia natural de las funciones económicas de la sociedad, describir pasivamente los hechos ó inducir relaciones abstractas. Tiene una mira más elevada y más generosa; la de hacer servir el resultado de sus estudios al bienestar de sus semejantes. M. Droes establece que la Economía Política debe proponerse extender el bienestar lo más posible. Estas aplicaciones son el fin de la ciencia y constituyen el dominio del arte.

Por la anatomía y la fisiología, la medicina observa y describe los órganos en el estado de salud; por la patología constata los desórdenes debidos á la enfermedad; y por la terapéutica indica los remedios. Del mismo modo el economista es el médico de las

sociedades; despues de haber estudiado los órganos sanos y enfermos, se propone por objeto una verdadera terapéutica social.

Segun Seniot la Economía Política «como ciencia establece las leyes que rijen la produccion y la distribucion de las riquezas; y como arte las instituciones y las costumbres que facilitan esta produccion y favorecen la prosperidad pública.»

Para Rossi, desde que tendemos á un fin determinado, ya entra el arte en escena. Este arte arranca sus principios de la ciencia y los toma por guía; pero debe someter las aplicaciones á las circunstancias del medio, de la civilizacion y del tiempo, relacionándose con el fin y aprovechando de todas las ocasiones y de todos los progresos que permiten un paso adelante. «*El arte está sometido á la prudencia, la ciencia solo á la verdad—Baudrillard.*» La ciencia tiene principios y leyes; el arte reglas y procedimientos.

Resumiré lo que precede en estas dos definiciones: «Las riquezas son los productos, las facultades ó los servicios aptos para satisfacer las necesidades materiales ó morales.

«La Economía Política es la ciencia de las riquezas y el arte del bienestar social.»

*Clasificacion de la Economía Política entre las ciencias.*— Sí «la ciencia es un conjunto de conocimientos relacionados á un objeto comun y metódicamente coordinados. Jourdan.» Y si «la base fundamental de toda ciencia es la idea de orden, de regla y de principios. Passix,»—agrego por mi parte, de permanencia y de ley no puede reusarse este nombre á la Economía Política, pero que rango debemos asignarle entre las ciencias?

La ciencia puede dividirse en tres grandes categorias: las ciencias matemáticas, las ciencias naturales, las ciencias morales. Las primeras se ocupan de las estensiones, de las cantidades y de las fuerzas; las segundas de los fenómenos físicos, de los vegetales y de los animales, las últimas del hombre y de la sociedad.

La Economía Política no puede pretender clasificarse como ciencia exacta. No tiene como la geometría y la física la ventaja de especular sobre objetos que se dejan pesar ó medir. Bastiet.» No posee la unidad que pueda servir de comun medida á todas las otras, y por decirlo así, de metro. Los que han buscado ese talon de fenómenos económicos, por ejemplo en el valor, han agotado sus fuerzas persiguiendo la cuadratura del círculo. A pesar de tentativas ingeniosas, los procedimientos rigurosos del cálculo algebraico se han mostrado estériles en su aplicacion á este orden de

fenómenos en el cual las ecuaciones son impotentes para poder abrazar todos los datos.

*La Economía Política no es una ciencia natural.* Si nadio ha pensado seriamente en hacer figurar la Economía Política entre las ciencias exactas, hay una escuela, la de la «evolucion», que quisiera hacer de ella una ciencia natural, dependiente de la Biología.

A los ojos de esta escuela poderosa por el crédito de que goza actualmente y el talento de sus maestros, los Spenser, los Huxley, los Buckle, los Bagehot, las sociedades como los individuos no gozan de libre arbitrio. Son organismos cuyo desarrollo tiene leyes necesarias. El hombre es una célula del gran todo, cuyo destino soporta y que se transforma sin la intervencion humana, poco más ó ménos á la manera de un pólipó ó de un banco de coral. En esta concepcion, no hay ni libertad ni mérito, ni crimen ni virtud. La sucesion de las diversas etapas es inevitable; el progreso es fatal, como la decadencia, como la muerte que debe arrastrar los organismos envejecidos.

Hace largo tiempo que el materialismo considera al hombre como formado únicamente de tierra, de agua, de aire, y de fuego, elementos destinados á perderse despues de su muerte, en los grandes receptáculos de donde salieron, sin dejar rastro del lazo pensante que los tuvo unidos y animados durante la vida. No hay en esto nada de nuevo. Pero esta doctrina antigua no satisface á la delicadeza de una época civilizada y culta. El hombre no es un simple bloque de arcilla pulida. El origen de la vida se nos escapa, lo reconocemos pero se ampara de la teoría de la evolucion para ser del hombre un animal perfeccionado y de la de la lucha por la vida que lo convierte en esclavo y juguete de la fuerza. Que abismo de degradacion! Que desgracia para la humanidad! J. B. Dumas seccion pública anual de las cinco academia, 25 de Octubre 1882.»

A pesar del gran aparato científico en que esta escuela se apoya, su tesis está desmentida por la observacion, que nos muestra naciones aún vivientes, aunque cuarenta veces seculares como la China en tanto que otras lejos de sufrir una evolucion continúa presentan oscilaciones sucesivas de caidas y levantamientos. No! no es la fatalidad la que hace nacer, aumentar y morir los imperios. Sus doctrinas están ligadas sobre todo á la accion de las fuerzas morales. Somos libres y esta libertad constituye á la vez nuestra

grandeza y nuestra debilidad; ella es el gran factor de la historia, y que eligiendo el bien y el mal, asegura la prosperidad ó arrastra á la decadencia.

Encontraremos varias veces esas doctrinas evolucionistas cuya influencia se hace sentir en todas las ramas de la Economía Política, y espero demostraros siempre que esas doctrinas están condenadas por los hechos y que nuestro estudio no es el de un simple organismo fisiológico, que inconsciente y pasivamente sometido á las leyes de la materia puede ser descrito y diseccionado por naturalistas.

*Clasificación de la Economía Política entre las ciencias morales.*—La Economía Política no es ni ciencia exacta ni ciencia natural. A causa de su objeto que es el hombre en sociedad, y de los problemas que trata, hace parte de las ciencias morales. Conciernen en esto todos los economistas y el mismo Instituto la ha colocado en la sección de ciencias morales y políticas. «Sin duda alguna está muy lejano el tiempo en que pueda reunirse por una síntesis poderosa todas las ciencias morales y políticas en una sola, y fundar una alta ciencia social, como podriase igualmente por la fusión en una sola de las diversas ciencias naturales, fundar una ciencia general de la naturaleza. Rossi.»

Si se llama Economía social ó Sociología esta vasta síntesis que abraza todas las ciencias que tienen por objeto el estudio del hombre en sociedad, tales como la Historia, la Etnografía, el Derecho, la Política, la Moral, las Religiones, se debe reconocer que la Economía Política es solo una rama de este árbol gigantesco que ejerce y soporta á la vez la influencia del tronco y de las ramas vecinas; da sávia y la recibe á su turno.

*Caracteres propios de las ciencias morales.*—Mientras que las ciencias exactas parten de ciertos axiomas y adelantan siempre paso á paso de una manera segura pasando por un encadenamiento riguroso de un teorema á otro, las ciencias morales no ofrecen un orden necesario [en sus proposiciones sucesivas, un principio un medio, y un fin.

Los teoremas demostrados por las matemáticas son de una exactitud absoluta en el límite de la verdad de los axiomas de que derivan. Con tal de razonar bien el matemático puede proseguir sus conclusiones y estas serán siempre verdaderas. En materia de ciencia social donde todo es complejo como el sujeto «ondulante y diversa» del cual trata, este proceder de seguir el camino línea

recta, sin mirar á derecha ni á izquierda puede conducir á consecuencias extrañas fuera de toda verdad social y práctica.

Para todas las otras ciencias es un derecho y un deber encerrarse en ciertas fronteras sin preocuparse de lo que pasa fuera de ellas. Este árbol va á servir de objeto distinto de estudio, al leñador, al químico, al físico, al botánico, al ingeniero civil y al marino; cada uno de ellos podrá encerrarse en su especialidad sin usurpar lo de su vecino. Es á esta condición que las diversas ciencias pueden aumentar en profundidad en vez de estenderse en superficie.

*Unidad del hombre y contactos de la ciencia que lo tienen por objeto.*—Las ciencias sociales que se refieren al hombre no pueden despedazarse según la palabra de Augusto Comte. El hombre no es un producto inanimado, ni una planta, ni un animal; hay en él fuerzas especiales que lo diferencian del resto de la creación, que no soporta ni el aislamiento total, ni la especialización absoluta de la ciencia de la cual es objeto.

Si el hombre tiene diversos aspectos todos deben resolverse en su unidad. Es á la vez uno y complejo; todo golpe llevado á un punto cualquiera repercute en el centro, lo que constituye á la vez la dificultad y la belleza en que él entra en juego. Se debe pues, según los principios indicados antes, aislar en el hombre tal ó cual aspecto por un esfuerzo de abstracción cómodo por el estudio; pero no debe olvidarse que en este mismo sitio cuidadosamente limitado, se trata siempre del hombre y no de una entidad abstracta que se llamará por ejemplo: productor ó consumidor. Será pues necesario de tiempo en tiempo arrojar una mirada hácia el centro para asegurarse después de cada conclusión que aunque adaptada á las condiciones de donde proviene no contradicen los datos más esenciales y más imperiosos de un sitio vecino.

(Continuará)

## Algunos apuntes sobre los organismos inferiores

POR DON JOSÉ ARECHAVALA

CATEDRÁTICO DE BOTÁNICA MÉDICA EN LA FACULTAD DE MEDICINA

### LOS AMŒBIANOS

( Véanse los números 13 y 17 )

Al lado de los monerianos, seres rudimentarios salidos de lo inorgánico por el juego natural de las fuerzas físico-químicas sin la intervencion de ningun agente desconocido, se hallan los amœbianos, masas protoplásmicas, tambien sin forma definitiva, pero que presentan en su estructura diferenciaciones importantes, sobre las cuales deseamos llamar la atencion de los lectores de los «Anales» que se interesan por este género de conocimientos.

La primera diferenciacion que en los amœbianos se nota con relacion á los monerianos, consiste en que la periferia presenta una capa de protoplasma más homogéneo, más claro y denso que el interior, sin constituir por esto una membrana de proteccion, como se vé en seres más elevados.

Vienen despues uno, dos ó más vacuolos contráctiles, cavidades que aparecen y desaparecen alternativamente en diferentes puntos de la masa protoplásmica, llenas de un jugo acuoso, cargado, sin duda, del oxígeno necesario á la respiracion y de sustancias nutritivas, que desde aquí se distribuyen por el cuerpo y adonde vienen tambien á parar los productos de la desasimilacion, para ser expulsados al exterior.

Estos vacuolos contráctiles donde se recogen los líquidos que por ósmosis penetran del exterior al interior, (decimos así porque hasta hoy no se ha descubierto comunicacion libre entre ellos y el mundo exterior) pueden compararse á la cavidad gástrica de

los celentéreos— al protogaster de la gástrula, ménos el poro ó abertura que en estos existe. En realidad, aquí tambien vemos penetrar los líquidos cargados de las sustancias alimenticias y del oxígeno necesario al mantenimiento de la vida cuando la cavidad se dilata, y ser expulsados despues cuando se contrac.

Debemos observar, sin embargo, que sino existe diferencia importante en cuanto á la funcion que desempeñan, la hay y considerable en cuanto á su estructura.

En efecto, en los celentéreos el protogaster está perfectamente limitado por un muro de células apretadas é íntimamente soldadas; mientras que en los amœbianos, los vacuolos son simples espacios formados en la masa protoplásmica, sin más límite, que el que ella misma forma transitoriamente en tal ó cual parte donde va á parar la primera partícula de líquido, que lo penetra de tal manera que, cuando un vacuolo desaparece, en el acto de la contraccion no vuelve á formarse en el mismo punto, sino que se verifica en otro cualquiera. De ahí que con frecuencia veamos varios á la vez, chicos y grandes relativamente, en principio de formacion los unos, en visperas de desaparecer los otros.

Sigue el núcleo, corpúsculo de forma generalmente esférica, de consistencia y homogeneidad mayor que el protoplasma que lo envuelve. El núcleo no se vé fácilmente. Para ponerlo en evidencia es necesario someter el amœbiano á la accion del ácido acético diluido, que esclarece el protoplasma y hace muy brillante al núcleo. El pierocarminato de amoniaco lo colorea de rojo tiñendo de rosado al protoplasma, siendo un reactivo muy á propósito para hacerlo visible.

El papel que el núcleo desempeña es importantísimo. En efecto, cuando existe, preside al fenómeno de la multiplicacion y es el primero que lo verifica dentro del protoplasma que lo envuelve. Por un procedimiento de corrientes moleculares en direcciones opuestas, el núcleo se divide en dos, que se alejan en seguida y atraen cada una hácia sí, respectivamente, la mitad del protoplasma, de tal manera que lo rompen en dos partes iguales constituyendo dos organismos, cada uno de los cuales se conducirá como el primero.

Es innecesario agregar que el modo de vida de estos seres es semejante al de los monerianos.

## CLASIFICACION

Los amœbianos se pueden dividir en dos grupos.

1.º Los *Gymno-amœbianos*, y 2.º Los *Teco-amœbianos*.

Los gymno-amœbianos, como su nombre lo indica, carecen de envoltura esterna, mientras que los teco-amœbianos están provistos de ella.

Aquí, pues, como en los monerianos, observamos que algunos han realizado este pequeño progreso mientras que los otros no.

El *Amœbas-princeps* de nuestra lámina, es el tipo que mejor caracteriza al primer grupo que comprende otros varios géneros entre los cuales podemos citar los más importantes como son: *Pelomyxa*, *Dactylosphaeria*, *Petalopus*, *Podostoma*, etc.

Los *Teco-amœbianos* se presentan vestidos de una capa de quitina, á veces incrustada de fragmentos de sílice, carapachos de diatomeas; las formas son bastante variadas. Unas veces es una especie de chapa replegada en sus bordes como el *Pseudochlamys patella*; otras en forma de campana *Cochliopodium*, de escudo como el *Arcella*—algunos son ovoideos como el *Quadrula*, *Disflugia*, etc.—uno ó varios poros existen siempre á través de los cuales sale la masa protoplasmática.

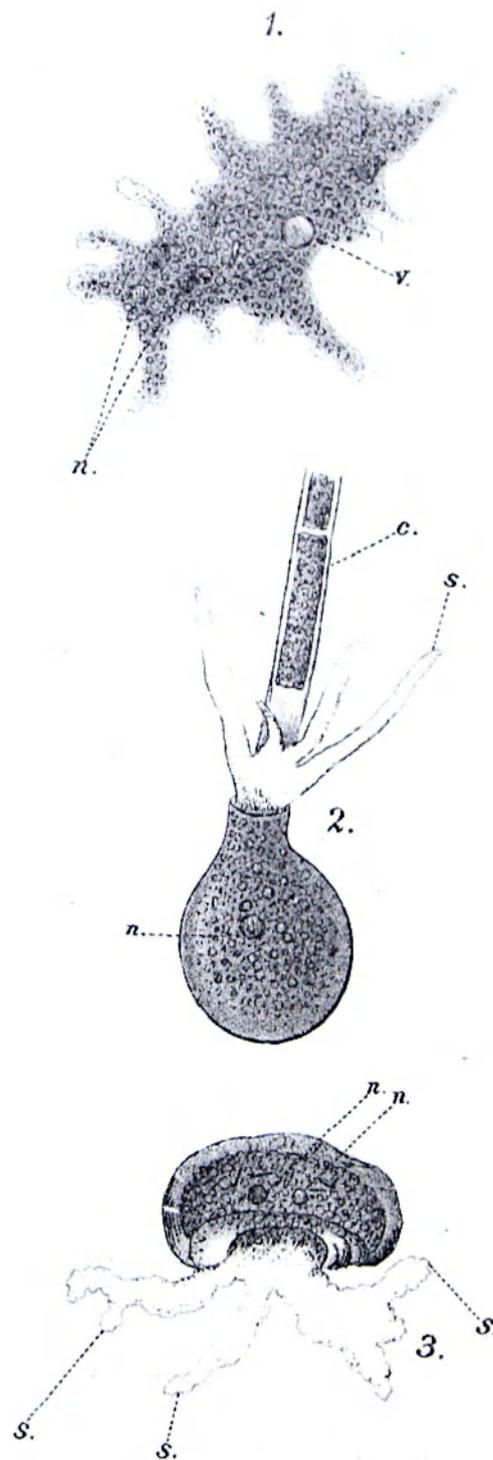
La *Disflugia asimétrica* y el *Arcella Montevidensis*, dos especies que viven en los estanques de los alrededores de Montevideo, pertenecen á este grupo.

Nuestra *Disflugia asimétrica*, con su capa de quitina envolviendo fragmentos de diatomeas y pedacitos muy pequeños de sílice, son muy diferentes del *Disflugia oblonga* por la forma que reviste: siempre un poco torcida hácia el lado derecho como está representada en la lámina VII, fig. 2.

La *Arcella Montevidensis* también se distingue de la *vulgaris* por la forma del escudo y las esculturas que lo adornan y el color amarillento oscuro.

También se la halla con frecuencia en los estanques de los alrededores, allí donde se encuentran las algas filamentosas en cuya compañía parece que lo gusta encontrarse.

El *Amœba princeps*, que está representado en la lámina, ha sido hallado también en las aguas de los alrededores de esta ciudad. Hay entre él y el que figura en las obras una pequeña diferencia, pero no la hemos creído bastante como para formar una nueva especie.



1. AMŒBA PRINCEPS. 2. DIFFLUGIA ASYMETRICA. 3. ARCELLA MONTEVIDENSIS.

## La crisis de la economía política

CONFERENCIA LEÍDA EL 16 DE MAYO DE 1876 EN EL CLUB UNIVERSITARIO,  
HOY ATENEO DEL URUGUAY

POR CÁRLOS MARÍA RAMÍREZ

Señores:

Aunque me sea penosa la exhibición personal en una conferencia pública, he creído que como Presidente del Club Universitario no podía dejar de responder á la iniciativa noblemente asumida por el ilustrado compañero que el sábado próximo pasado abrió nuevos horizontes á las tareas intelectuales de nuestra asociación, de acuerdo con las exigencias de su vastísimo programa.

Y si digo esto, no es de cierto porque yo no haya seguido ni esté dispuesto á seguir con verdadero placer las discusiones que han ocupado casi exclusivamente la atención del Club durante esta última época. No soy de los que piensan que es perder el tiempo divagar, razonar de fruslerías, el venir á dilucidar en este recinto las diversas fases del problema religioso. De dónde venimos? á dónde vamos? ¿Qué es esta naturaleza que nos rodea, —nos encanta y nos aterra alternativamente— cuyas leyes y armonías sublimes parecen revelar al Supremo Ordenador del Universo; cuya fecundidad de vida y desenvolvimiento propio hacen vislumbrar la duda de que en ella misma estén el principio y el fin de su existencia? ¿Qué son esas diversas religiones que se pretenden reveladas para dar solución á este portentoso enigma del hombre, de la naturaleza y de Dios? ¿De dónde emanan estas aspiraciones misteriosas que inflaman nuestras almas y nos levantan de la limitada superficie en que habitamos á la incommensurable región de lo infinito? Enormes puntos de interrogación que no se borrarán jamás de las páginas del saber humano! Eternamente el espíritu se detendrá delante de ellos para encararlos frente á frente, ó con el prisma risueño y

engañoso de la fé, ó con la mirada límpida é impasible de la filosofía.

Está muy léjos de mi pensamiento rebajar la importancia de las discusiones á que me refiero; pero creo que si nos encerrásemos en ese círculo exclusivo, nuestra asociacion dejaria de ser una asociacion científica y literaria, para convertirse en simple cátedra de filosofía religiosa. Esta tribuna llegaria á ser lo que parece, un pulpito, y con el andar del tiempo no podrian subir á ella sino los sacerdotes. Es necesario dilatar el horizonte: cumplir nuestra mision. La renovacion que durante los últimos años han sufrido á la par de las ciencias físicas, todas las ciencias morales y políticas, ofrece un vasto campo inexplorado á las meditaciones y á los debates del Club Universitario. Estamos en retardo, y debemos ponernos al dia. Necesitamos seguir el desarrollo de la ciencia en el mundo que con más acierto y perseverancia la cultiva. Necesitamos, en fin, saber siempre lo que piensan y hacen cada dia aquellas sociedades cuyas ideas recogemos y cuyos hechos imitamos; — lo necesitamos, señores, para que no nos suceda con nuestras opiniones y nuestros actos algo parecido á lo que les sucede á las señoras con las modas y los trajes de París, — que empiezan á usarlos, y se entusiasman y los exageran, cuando ya en París han caido en el más absoluto desprestigio.

Animado de este propósito, y dejando para personas más competentes otras cuestiones más árduas, he creido que no careceria de interés una lectura sobre la crisis en que se encuentra de tres ó cuatro años á esta parte la ciencia de la Economía Política. Es un tema en cierto modo sencillo; y sin embargo, sus dificultades me asustan, y al abordarlo desconfio seriamente de mis fuerzas. Agotar ese tema en esta noche sin fatigarme y sin abusar de vuestra benévola atencion, me seria de todo punto imposible. En la lectura de hoy me contentaré con un bosquejo: en la siguiente trataré de hacer un cuadro.

## I

Hace un siglo, señores, que Adam Smith dió á luz su obra monumental sobre la *Riqueza de las naciones*. Los economistas se preparan para celebrar con pompas ese glorioso centenario; Adam Smith ha sido honrado con el título de *padre de la economía política*. Por mi parte, considero problemática esa paternidad; yo

le llamaria más bien *el tutor y el bienhechor de la economía política*. No fué Adam Smith quien le dió el sér, quien la hizo venir á este mundo; pero es cierto que la recibió muy niña, muy débil, muy inexperta, de manos de los fisiócratas, sus verdaderos padres; y él la desarrolló, la educó, la dotó generosamente para que fuese á correr mundo, y la armó caballero para que entrase noblemente en las árduas batallas de la vida pública. Todo eso era indispensable, á la verdad, porque la Economía Política estaba destinada á envolverse en complicadísimas aventuras y á batirse en innumerables combates.

Ninguna otra de las ciencias morales ó políticas ha encontrado la oposicion que ella para obtener derecho de ciudad en el dominio oficial de la sabiduría humana. Ninguna otra de las ciencias morales ó políticas ha despertado tantas objecciones y resistencias como ella. Hanle dirigido acusaciones de todo género, gravísimas todas, contradictorias entre sí muchas de ellas. Por un lado la han descrito como una ciencia sin entrañas, que no ve en los hombre, con sus sentimientos, sus dolores y sus aspiraciones generosas, sino números inertes para formar prolijos cuadros de estadística; que no ve en los hombres con su alma soberanamente libre y dignificada por la idea sublime del deber, sino fuerzas materiales que triunfan ó sucumben en la obra de la produccion, sin arrancar una lágrima y sin dejar un recuerdo. Encarándola de esta manera, los filántropos han mirado con ojeriza á la Economía Política; y las religiones positivas, la romana sobre todo, han lanzado sobre ella el anatema del Espíritu Santo.

Los estadistas, por otro lado, han acusado á los economistas de querer convertir en ciencia definitivamente constituida, estudios ligeros y aislados que no se apoyan suficientemente en la base inmovible de los hechos. La han acusado de un dogmatismo absurdo que sienta principios absolutos, infalibles, universales, sin tener en cuenta las costumbres, las tradiciones, las leyes, las condiciones naturales y artificiales de cada sociedad en que al fin y al cabo debe recibir aplicacion cada principio. Inhumanos! decian aquellos; utopistas! exclaman estos otros.

Como prototipo de los estadistas hostiles á la economía política puede citarse á Thiers, el gran historiador, el gran patriota, uno de los hombres más ilustrados de este siglo. Thiers se rie de la economía política, y en sus obras y en sus discursos no designa á los adeptos de esa ciencia sino [por medio de esta expresion epi-

gramática: *esos sabios que se llaman los economistas*. Y era tan general ese seminamiento de hostilidad á la ciencia de Quesnay y de Adam Smith, que hace poco más de veinte años la Economía Política no figuraba en los programas de las Universidades oficiales de la Europa, y aun hoy mismo no es materia generalmente obligatoria para la opeion de grados académicos ni para el ejercicio de las profesiones liberales. Hoy mismo, señores, decir un economista, no es como decir un geólogo ó jurisculto; — es como decir — un protestante ó un católico. *La secta de los economistas*: esta es frase con la cual se tropieza á cada paso en las publicaciones europeas, y muy especialmente en los debates parlamentarios de la Europa.

Dos hechos, sin embargo, ejercieron gran influencia en el sentido de extender y consolidar el dominio de la economía política.

Es el primero de esos hechos la gran agitacion iniciada por Cobden para obtener en Inglaterra la libertad de comercio de granos. Las doctrinas económicas tuvieron elocuentísimos intérpretes en esa gran agitacion. Era la Economía Política, la escuela de los fisiócratas y de Adam Smith que luchaba con los intereses y las preocupaciones de las viejas escuelas restrictivas y fiscales, cuyas aberraciones monstruosas habian dado origen á las primeras gestaciones de la nueva ciencia. Así, cuando se vió á un hombre de Estado de la talla y de las tradiciones de sir Robert Peel abrazar los principios de la Liga y darles aplicacion inmediata, los economistas aplaudieron la victoria con frenético entusiasmo. Parecía que la economía política, sospechada de ambiciones prematuras, acusada de petulancia utópica, entraba al gobierno de los pueblos con la peluca empolvada y el manto magestuoso de los viejos estadistas ingleses!

El segundo de los hechos á que me refiero es la lucha sostenida en Francia entre la escuela económica y las escuelas socialistas, casi al mismo tiempo en que Cobden y sir Robert Peel vencian las poderosas preocupaciones de la aristocracia de Inglaterra. En período revolucionario de 1848 mostró con aterradora ciecencia las consecuencias lógicas de las doctrinas socialistas vertidas como un nuevo evangelio en el alma tormentosa de las clases desheredadas. Esas consecuencias eran el desbordo de las pasiones amontonadas y agrandadas en el corazon del pobre; la reaccion salvaje contra todas las superioridades naturales; el ataque insensato á los más sólidos y sagrados fundamentos de las sociedades modernas; y todas esas

consecuencias desastrosas habian sido profetizadas por los economistas; y todas las doctrinas que daban lugar á ellas, estaban radicalmente refutadas por las doctrinas de la Economía Política. Lógicamente pues, cuando el socialismo de las barricadas fué vencido por la fuerza en las jornadas de Junio; cuando el socialismo de los clubs fué vencido por el voto de la nacion francesa en los comicios constituyentes y ordinarios de la segunda República, bien pudo la economía política reivindicar con orgullo su parto de trofeos en la batalla ganada sobre las subversiones demagógicas.

Habia sido en Inglaterra una bandera de innovacion y de progreso; tócalo ser en Francia un baluarte de estabilidad y de conservacion.

¿Qué más se necesitaba para participar del gobierno de las sociedades humanas, satisfaciendo á la vez el doble espíritu que domina y contrabalancea su existencia, conciliando en proporciones saludables el espíritu de innovacion y de progreso con el espíritu de estabilidad y de conservacion?

## II

El advenimiento de Luis Bonaparte al restaurado trono del Imperio coronó tristemente la victoria de la Economía Política. Debía el nuevo César, como todos los Césares, grandes, medianos y lili-putienses de la tierra — buscar en la sociedad elementos que diesen significado y decoro á su dominacion personal — elementos que diesen á su trono y á su corte el único esplendor, que, cuando falta la gloria militar, puede todavía deslumbrar pérfidamente á las naciones modernas; el esplendor de las ideas; la gloria de las reformas progresistas. Desde sus comienzos, el nuevo César ofreció á la Economía Política un alto puesto de palacio; y cuando en 1860 Napoleon III pudo dar al mundo el espectáculo grandioso de la libertad comercial negociada y pactada entre las dos naciones entonces más poderosas de la Europa por intermedio de Miguel Chevallier y de Ricardo Cobden, pontífices máximos entre los economistas, estos saludaron con efusion al Constantino de la economía política, y la economía política pasó á ser uno de los grandes chambelanes del segundo Imperio.

Es menester reconocerlo y proclamarlo sin ambages. La economía política, muy ávida, muy celosa de las libertades económicas, pretendiendo siempre llevarlas á los últimos extremos, es muy tierna,

muy generosa respecto de las libertades políticas, con las cuales simpatiza sin embargo, y á las cuales ha prestado algunas veces inminentísimos servicios. Cuando la tormenta arrecia y la nave está en peligro, no se enojan mucho los señores economistas si el capitán del buque manda echar al agua las libertades políticas, con tal que salven ellos la preciosa carga de sus libertades económicas, distinguidas de las demás con el rótulo y la marca de *libertades positivas*. En último caso, la Economía Política no rechaza perentoriamente el falso y abominable ideal de esos gobiernos fuertes, de esos despotismos ilustrados que enriquecen y engrandecen á los pueblos. . . como los criadores engordan á los irracionales — combinando ingeniosamente la nutrición abundante con la inmovilidad absoluta.

El que juzgue los acontecimientos sin escarvar un poco su corteza, pensará tal vez que esa fué la edad de oro para la economía política. El mundo civilizado creyó durante veinte años en la resurrección del glorioso Emperador, sin capote gris y sin sombrero atravesado, pero más humano y más benéfico para los intereses de la civilización universal. Durante esos veinte años volvió Francia á ser *la gran nación*, poniéndose ostensiblemente á la cabeza de la Europa; y los economistas franceses, mimados por el Emperador, aparecieron como los más genuinos, ilustres y poderosos representantes de la ciencia económica. Hoy mismo, despues de los trágicos desastres y castigos que Victor Hugo ha descrito en los versos dantescos del *Año terrible*, noto en las publicaciones ortodoxas de los economistas franceses que hablan de los tiempos de Napoleon III con deplorables *sauvages*. Cuánto engaño! qué profunda aberración! *La servidumbre, señores!* — fuente inagotable de abyecciones. El despotismo! — manzanillo á cuya sombra se aletargan y envenenan las fuerzas más vitales del espíritu y de la sociedad! No se libraron del cumplimiento de esa ley los próceres de la economía política. Su alianza con el cesarismo fué la señal del estacionamiento, y hubiera sido la señal de la decadencia si el vergonzoso derrumbe del Imperio no hubiera venido á romper los eslabones de esa alianza, haciendo posible una solución benéfica de la crisis que se ha producido más tarde.

La observación de los hechos confirma esta apreciación histórica que aventuro con perfecta tranquilidad de conciencia. Como idea, la Economía Política perdió aquella sávia, aquel fuego sagrado que la habia inflamado en las horas de la libre adversidad. En vez de consagrarse á rectificar y moderar las opiniones extremas, avanza-

das como armas de polémica durante la contienda con las escuelas socialistas, elevó esas opiniones á la categoría de dogmas inmutables, y se detuvo en ellas como en la última expresión de la verdad perceptible. En vez de consagrarse, con la tranquilidad de la victoria, á extender el campo de sus experiencias para comprobar la exactitud de los principios proclamados y enrolar los nuevos hechos que se descubriesen en nuevas categorías de principios, desdeñó casi por completo los vivificantes procederes del método experimental ó inductivo, restaurando una especie de escolástica para limitar el campo del estudio y de la controversia á la simple y subordinada deducción de las consecuencias contenidas en las grandes premisas inviolables. Como personalidad, la Economía Política perdió aquella fuerza creadora que en los buenos tiempos habia mantenido en progresión numérica y moral las filas de sus ardientes prosélitos. Bastiat, Chevallier, Coquelin, Clément, Passy, Faucher, Baudrillard y una ilustre pléyade de propagandistas entusiastas habian brotado bajo sus banderas en las horas del peligro y de la lucha; pero en los días serenos de la protección imperial será difícil encontrar el nombre de un nuevo adepto que dé lustre y esplendor á la bandera. Qué queréis, señores? Por su origen y por sus principios, la Economía Política es una ciencia de libertad; su consorcio con el despotismo no podia ser fecundo, porque la esterilidad es la ley natural de las alianzas híbridas.

No estoy haciendo, no pretendo hacer un curso de historia contemporánea. Necesitaba solamente explicar los rasgos primordiales del momento histórico en que se ha determinado la crisis que hoy agita á la Economía Política. Está llenado mi objeto. He llegado al punto en que el perjuro de Diciembre desemboca en la ignominia de Sedan; la noble Francia, víctima otra vez de las ambiciones napoleónicas, pierde, acaso momentáneamente, el cetro de la preponderancia material y con él los influjos de la supremacía intelectual. Al augusto protector de la Economía Política sucede en el gobierno el viejo y burlesco adversario de los economistas, y la escuela francesa queda despojada de la misión providencial, dogmática, cesárea, por decirlo así, que parecia haberse arrojado bajo los imponentes auspicios del Imperio. En cierto modo, la ciencia económica ha tenido también su 4 de Setiembre. Ha proclamado la República. Ha ido más allá — se encuentra en plena república federal — á la española; mucha libertad, mucha autonomía, mucho movimiento; pero también un poco de anarquía, un poco de descom-

posición y todo lo que caracteriza las grandes crisis de los dogmas, de las instituciones y de las escuelas científicas.

## III

Estudiando con despreocupación estas evoluciones recientes de la Economía Política, he creído percibir dos circunstancias fundamentales que hacen de estas evoluciones un hecho digno de meditación y de estudio por su alto significado en el presente y sus trascendentales consecuencias en el porvenir.

En la primera de estas circunstancias, á mi juicio, que las manifestaciones más ó ménos declaradas de hostilidad á las doctrinas sacramentales de la Economía Política, parten del mismo seno de las antiguas escuelas económicas, produciendo controversias y segregaciones entre los elementos homogéneos y poco tiempo antes subordinados fielmente al dogmatismo y á la disciplina de secta. Poca importancia tendría el movimiento si solo se tratase de una recrudescencia de hostilidades por parte de aquellos que siempre hicieron fuego á la economía política. Peripetia más ó ménos interesante de una lucha antigua, carecería de novedad y trascendencia. Decubro en ese movimiento algo parecido al espíritu de insurrección vivificante que determinó en el seno de la religión cristiana el cisma colonial de la Reforma. Parece ver adeptos sinceros de la Economía Política, entusiastas de la ciencia, ávidos de comprenderla á fondo, anhelosos de dilatar sus horizontes, que en un momento dado encuentran estrecho y viejo el molde á que deben ajustar sus concepciones progresistas, — desbordantes y rebeldes al carabon de las fórmulas dogmáticas, los hechos nuevos y fecundos que se manifiestan en el campo de los estudios experimentales, — enervante, abrumador, el legado de una tradición científica que no consiente en someterse á las revivaciones permanentes de la razón individual y de las experiencias colectivas. De ahí las herejías y las desviaciones heterodoxas que se levantan por todas partes sacudiendo el yugo de la ciencia clásica, bautizada por sus propios apóstoles con el nombre significativo de Economía Política ortodoxa.

Sir Jorge Campbell, presidente de la sección de Economía Política en la Asociación Inglesa para el adelanto de las ciencias sociales, declara solemnemente en el Congreso de Octubre de 1874 (1)

(1) Puede verse un minucioso extracto del discurso de Sir Jorge Campbell en el albario de los Economistas de Enero de 1875.

que la Economía Política ha perdido mucha parte de la confianza que inspiraba en otro tiempo y la considera en indiscutible decadencia. Emilio Lavéleye, catedrático del ramo en la Universidad de Liège, publicista célebre, acusa todas las tradiciones recibidas de la Economía Política en un artículo, exagerado ó imprudente, de la revista *Revista de Ambos Mundos*. Lussatti, profesor de la Universidad de Padua, funda el *Diario de los Economistas* para combatir al *Economista* de Ferrara, intranquilo discípulo de la ciencia clásica, y multitud de profesores alemanes, cuyos nombres tengo escritos, convierten sus cátedras en focos de rebelión más ó ménos abierta contra las enseñanzas canónicas de la Economía Política.

La otra circunstancia á que quería referirme no halla en cierto modo explicada por lo que acabo de decir. Es la universalidad del movimiento, revelando de una manera elocuente la universalidad y la profundidad de las causas que lo engendran. No se trata de manifestaciones aisladas ó pasajeras. El fenómeno es general y estable, llenando así las dos condiciones exigidas por el método Blouélico para merecer los honores de la observación científica. En Inglaterra, cuna de la escuela que más ha contribuido á elaborar el dogma de la Economía Política, después de abrigar veleidades de insubordinación con Stewart Mill y Macleod, habéis visto ya que una gran asociación, á cuyo frente están eminentes hombres de Estado, proclama *ex-cátedra* la decadencia de la economía política. En Bélgica, profesores afluados, pronuncian contra ella verdaderas blasfemias. Italia va formando un Congreso de economistas independientes que se reúne en Milán para arrojar el guanto al Congreso de economistas ortodoxos que se reúne en Florencia. En Alemania el Congreso de economistas de Eüenach escandaliza con sus herejías al Congreso de economistas de Munich. En Viena de Austria se han establecido otros dos congresos rivales, y en París, el ilustre Lussatti, nombrado por el Gobierno italiano para negociar varios Tratados de comercio, se presenta ante la *Sociedad de Economía Política*, custodia sagrada de la ciencia clásica, y allí expone sus principios disidentes, y conlleva lo que él llama sus pecados veniales, *pechés mineurs*, con mirada benévola de Wolloski y otros economistas distinguidos.

## IV

Ahora, señores, que he caracterizado á grandes rasgos la crisis á que me refiero, como cisma interno de la Economía Política, y como tendencia innovadora que se hace sentir á la vez en todas las naciones europeas, será necesario que trate de daros á comprender lijeramente las ideas y aspiraciones primordiales que despuntan con más ó ménos claridad entre los nuevos y poderosos impugnadores de las antiguas doctrinas económicas. Esta tarea no es fácil, por desgracia, y en esta parte tengo la triste persuasión de no poder llenar ampliamente mi deseo. Las nuevas escuelas formulan contra la escuela clásica muchas de las objeciones que se vienen desde el siglo pasado reproduciendo contra la economía política; pero lo hacen en una forma original, nó para combatir la ciencia, sino para depurarla; nó para renunciar á todas las tradiciones de los maestros, sino para completarlas y desarrollarlas en presencia de los nuevos hechos que recogen la observación y la experiencia. Disidencias fundamentales de principios, aspiraciones antitéticas son fáciles de percibir y de explicar; pero no sucede lo mismo con las disidencias sobre extensión y aplicación de los principios; no sucede lo mismo con las aspiraciones que solo se distinguen por más ó ménos acentuada diversidad de matices, y este es en mucha parte el caso del actual antagonismo económico. Á más de todo, no puedo todavía considerarse definitivamente establecida la doctrina de los innovadores, ni puede tampoco asegurarse que todos ellos se uniformen en la definitiva elaboración de una doctrina. Los que conocen la historia de la reforma protestante saben cuánto tiempo fué necesario para que la Reforma determinase claramente sus principios, cómo fluctuaron y se modificaron estos justificando á Bossuet en su célebre *Historia de las variaciones*, y cómo desaparecía toda uniformidad desde que se abandonaba el terreno negativo de la insurrección contra la supremacía papal. No profetizo el porvenir de la reforma económica que en estos momentos alborea: veo solamente en ella las delineaciones vagas y flotantes que caracterizan el período embrionario de las entidades físicas ó morales.

Estudiando, sin embargo, las publicaciones y los debates públicos á que he hecho referencia, creo distinguir, en medio de la confusión reinante, ciertos tópicos primordiales en que las nuevas es-

ueclas fundan su resistencia y su proceso más ó ménos apasionado á las antiguas doctrinas económicas. Para mayor claridad, los resumo y clasifico en los tres capítulos de que paso á ocuparme.

En primer lugar, las nuevas escuelas acusan á la vieja Economía Política de haber hecho insensiblemente, por medio de exageraciones continuadas, una ciencia *a priori*, deductiva, dogmática, de lo que debía ser, por su naturaleza y por sus fines, una ciencia de observación, inductiva, flexible y variada como los hechos multiformes que constituyen su dominio. Para las nuevas escuelas, como para De Maistre, no existe en ninguna parte *el hombre*; no existe en ninguna parte *la sociedad*. *El hombre y la sociedad* son abstracciones del espíritu, entidades puramente metafísicas que no pueden servir de base al desarrollo de una ciencia práctica. Lo que existe sobre la faz de la tierra son hombres determinados, de tal religión, de tal raza, de tal época; son sociedades independientes las unas de las otras, que viven y se desarrollan bajo la ley particular de su clima, de sus costumbres y de sus instituciones propias.

Es absurdo, pues, á juicio de las nuevas escuelas, formar una economía política meramente basada en el estudio de esas abstracciones que se llaman *el hombre y la sociedad*; es absurdo deducir de ese estudio metafísico principios universales y absolutos que se aplican sin distinción ni transición á todos los hombres y á todas las sociedades de la tierra. La ciencia económica no debe dar un paso sin el auxilio de la historia y de la estadística. La historia nos enseña el encañamiento de las causas que han dado á cada pueblo personalidad y fisonomía propias; la estadística pone á nuestros ojos el resultado actual de las fuerzas físicas y morales que obran en la organización de cada pueblo; y es en presencia de las deposiciones constantemente renovadas, constantemente revisadas, de esos dos grandes testigos de la vida social, que la Economía Política puede inducir principios y soluciones eficaces, apropiadas á las necesidades, á las aspiraciones y á los medios prácticos de cada una de las individualidades en que se divide la gran familia humana. Segregada de la historia, segregada de la estadística, la Economía Política no puede ser otra cosa que lo que pretendía ingenuamente Rossi—una ciencia como la balística pura, que supone los proyectiles lanzados en el vacío; pero los hombres no son fuerzas ideales sino realidades palpitantes, y en su caso la suposición del vacío, la prescindencia del medio social en que se desenvuelven

los fenómenos económicos, desvirtúa radicalmente esos fenómenos y hace materialmente imposible el descubrimiento de las leyes que los rigen.

Sobre este mismo tema no se detienen allí los reproches de las nuevas escuelas. Acusan á la Economía Política de haber ido más allá en su tendencia fatal á la abstracción. No contenta con haber aislado al hombre en el tiempo y en el espacio, ha pretendido aislar en el espíritu del hombre la ley de las necesidades materiales, olvidando que no es posible separar esa ley de la que rige igualmente las otras necesidades humanas. Tomando por objeto de estudio al hombre abstracto, no era posible llegar sino á una ciencia de abstracciones estériles; mutilando todavía esa abstracción, debía necesariamente reducirse á proporciones mezquinas el horizonte de la ciencia. El hombre siente necesidades materiales y debe satisfacerlas; pero siente también necesidades morales, necesidades religiosas, necesidades políticas, y el cumplimiento de su destino la obliga á satisfacerlas igualmente. ¿Por qué preguntan los innovadores, por qué la ciencia económica ha de estudiar y buscar la satisfacción de las necesidades materiales, prescindiendo de toda conexión y de toda armonía con la satisfacción de las otras necesidades del espíritu, solo divisible en los cálculos mentales del filósofo? ¿Pues la moral no investiga leyes y dicta preceptos que concilian la dignidad y la glorificación del hombre con los más amplios goces de la vida física? ¿Pues las ciencias políticas no tratan de definir las garantías que puedan asegurar mejor en cada pueblo el desarrollo completo y armónico de la personalidad humana? Las mismas religiones, aspirando á la felicidad del hombre en otra vida, ¿no se esfuerzan también por proporcionarla en esta? Volvamos á la realidad, exclaman las nuevas escuelas económicas; volvamos á la realidad, tomando á la historia y á la estadística por inseparables compañeras; reconstituamos la personalidad humana, estableciendo la unión indisoluble de la economía política con la ciencia de la moral y del derecho en sus vastas ramificaciones.

Hó ahí trazado á grandes ó imperfectos rasgos uno de los capítulos de acusación que dirigen á la Economía Política ortodoxa las escuelas disidentes de la Europa. Versa sobre el método, base de toda investigación científica, y suscita la más grave, la más trascendental de las cuestiones que han perturbado hasta hoy la marcha de la economía Política.

## V

El otro capítulo del proceso que estoy relacionado como actuario, y no fallando como juez, versa sobre la aplicación de las doctrinas económicas al problema pavoroso de las sociedades europeas, á la gran llaga social: *al pauperismo*.

Nosotros, hijos de estas tierras vírgenes, miembros de estas sociedades infantiles, no podemos formarnos una idea exacta de lo que es ese aterrador azote que el siglo XIX ha visto desarrollarse de una manera prodigiosa en los grandes pueblos del viejo mundo. Nosotros conocemos sin duda la pobreza. La miseria misma golpea á veces nuestras puertas y se sienta en nuestros hogares, con su semblante lívido; pero nosotros la recibimos con la frente alta, y ese terrible huésped no permanece allí como un eterno compañero de la vida. Velan por nosotros las afecciones de familia, la caridad y la filantropía, las crecientes y remuneratorias expansiones del trabajo; y el bienestar y la alegría renacen al fin en nuestro hogar, durante más ó ménos días perturbado. Conocemos la pobreza; conocemos la miseria, y hartos duele á nuestro corazón el conocerlas; pero en medio de todos nuestros males, tan profundos, tan tenaces, no estamos todavía sujetos — Dios sea loado! — á sufrir la calamidad del pauperismo.

Un economista (1) ha dicho que «el pauperismo es la epidemia de la miseria». La expresión es enérgica; pero no lo es bastante. El pauperismo es (2) «la miseria y la subversión de la inteligencia, la pobreza y la degradación del alma; la enervación y la descomposición de la voluntad y de la energía individual; el entorpecimiento de la conciencia y de la personalidad; el resorte moral, en una palabra, sensiblemente y á menudo mortalmente herido». Es también (3) «la aglomeración y la concentración de los individuos, de las familias, de las poblaciones devoradas por la miseria — aglomeración y concentración que hacen que esa miseria intensa y homogénea se comunique de persona á persona, se acumule, crezca, repercute, forme un poco cada vez más vasto, cada vez más irradiante de infección y sufrimiento; se hace persistente, se hace hereditaria, y es sentida en todas sus fases y en todas partes de tal

(1) Foutenay.

(2) Emile Laurent, le pauperisme et les associations de prévoyance.

(3) Ibidem.

modo que acaba por destruir en el pobre la esperanza, y por agregar ó sustituir en el rico, á la compasion, el espanto».

Ahora bien, señores, las nuevas escuelas acusan á la antigua Economía Política de no haber sondeado, comprendido y reconocido suficientemente la magnitud trascendental de ese problema que destroza el corazon, que llena de estupor al moralista, de tremendas preocupaciones al hombre de Estado, de alarmas y zozobras permanentes á la sociedad entera. Segun las nuevas escuelas, la antigua Economía Política, cegada por la polverada del combate contra los desvarios socialistas, no ha visto esa cuestion con la equidad de ánimo, con la imparcialidad y con la altura que ha sabido desplegar en cuestiones de menor importancia. Á juicio de las nuevas escuelas, Federico Bastiat, glorioso porta-estandarte de la antigua, exageró con optimismo cruel su principio de las armonías económicas, casi tan imperturbables como las armonías de los astros, que segun la palabra del salmista, narran la gloria del Señor. Esta miseria y depravacion hereditaria; estos dolores y estas ignominias que fermentan y rugen en un subsuelo de barbárie, bajo las plantas de la sociedad civilizada; estas masas pervertidas y enconadas que amenazan á cada instante desbordar con su imponente divisa de guerra; *el trabajo ó la muerte*; este desequilibrio enorme que hace mirar á cien familias hambrientas con envidiosa cólera la librea del lacayo, cuyo solo precio bastaria para dar á todas ellas algunos dias de frugal descanso; todos esos vicios, todos esos males, dicen las nuevas escuelas económicas, son verdaderas y terribles disonancias que en vez de narrar la gloria del Señor, explican hasta cierto punto las imprecaciones infernales de Proudhon.

Las nuevas escuelas entienden que la demostracion de que esos males y esos vicios provienen de violentas perturbaciones impuestas á la ley de la armonía, no destruye la necesidad de curar esos males y estirpar esos vicios una vez que se encuentran producidos; entienden que aun cuando los sufrimientos humanos sean la sancion penal de ciertas infracciones morales, no es posible contemplar indiferente el pauperismo, porque si la moral lo autorizase respecto de sufrimientos aislados que no envuelven sino un malestar individual, no lo permitiría la política respecto de los sufrimientos colectivos que colocan á la sociedad sobre un volcan, y por eso ha dicho un individualista célebre, Guillermo Humboldt: «Se puede olvidar al pobre; no se puede olvidar al pauperismo».

Las nuevas escuelas están muy léjos de abrazar todas las uto-

pías socialistas; pero algunas de ellas, la de los profesores alemanes sobre todo, no han rechazado el mote de *socialismo de la cátedra* con que han tratado de inutilizar su propaganda los adeptos de la escuela clásica. Esas escuelas no piensan que todo fuese absolutamente falso, absolutamente malo, en las doctrinas del socialismo; y aunque reconocen que el socialismo, en sus viejas formas, vencido, rechazado, perseguido en todos los pueblos de Europa, no puede levantar del polvo sus banderas, pretenden que tampoco la Economía Política puede jactarse de haber logrado que uno solo de los gobiernos europeos aplique al problema aterrador del pauperismo la solucion de inercia y de olímpica indiferencia que se impone magestuosamente por la ley de las armonías económicas. En apoyo de esa tesis citan diversos ejemplos de la Europa, y en particular el de Inglaterra, por ser modelo de individualismo y de política subordinada á principios conservadores. En Inglaterra, dicen ellos, se ha mantenido y se mantiene, apesar de sus imperfecciones conocidas, el famoso impuesto de los pobres, tan criticado por los economistas; se ha protegido al niño y á la mujer contra las inhumanas explotaciones de la especulacion industrial; se han creado tribunales de equidad para resolver las cuestiones entre el capital y el trabajo, entre los obreros y sus patronos; se han dictado medidas para asegurar las condiciones higiénicas de las minas, de las fábricas, de las habitaciones humildes; se ha promovido ó protegido oficialmente la fundacion de instituciones de ahorro, de prevision y de socorro mútuo; se han creado para el pobre especialmente, parques y jardines de recreo, de solaz, de alegres expansiones en brazos de la madre-naturaleza; y por todas partes y por todos los medios trata el Estado de calmar los males del pauperismo, y ya que no es posible estirparlos, de arrojar en su seno la idea consoladora, reconciliadora, de que entre los poderosos de la tierra, el hermano simpatiza profundamente con los sufrimientos del hermano.

## VI

Descaria extenderme sobre esta interesante materia pero necesito terminar, y aún me falta el tercer capítulo del proceso que estoy relatando como actuario y nó fallando como juez. Trataré de abreviar. Este tercer capítulo tiene íntima conexión con el segundo. Entraña una cuestion idéntica, en términos más amplios y generales. Se refiere á la mision del Estado en las doctrinas de la

Economía Política ortodoxa. Esas doctrinas, á juicio de las nuevas escuelas, mutilan y rebajan lamentablemente las atribuciones del Estado. Según ellas, ese error ha dado origen, y en cierto modo mérito, á las repetidas acusaciones que se han dirigido á la Economía Política como ciencia negativa, cuneta.

Inútil sería buscar en las nuevas escuelas una teoría filosófica sobre la verdadera misión del Estado. No ha llegado hasta ese punto de madurez el movimiento. Abundan solamente las críticas á las restricciones que los economistas han llegado á demarcar en la acción del poder público, y no escasean tampoco exageraciones sobre el campo que esa acción debe abrazar; pero de estos mismos elementos es posible colegir el pensamiento genérico, aunque ondulante, de las nuevas escuelas.

Para ellas, el Estado, representante del interés social, depositario de la fuerza colectiva, á más del cumplimiento de sus funciones esenciales, debe ser un organismo general é infatigable del progreso para llevar á cabo ó segundar todas aquellas obras y reformas civilizadoras en que la iniciativa privada se muestre nula ó deficiente, y bajo este aspecto las funciones del Estado se diversifican al infinito según las exigencias de cada civilización, y según las fuerzas individuales y colectivas de cada sociedad. La antigua Economía Política, reduciendo la misión del Estado á la de juez y guardian público, dicen las nuevas escuelas, ha pretendido anular un elemento necesario de progreso, de iniciativas fecundas, de transformaciones grandiosas. Esa teoría retardataria, agregan, está rechazada en todas partes por el buen sentido popular. Incubada en el espíritu de los fisiócratas, ante el espectáculo de una sociedad atada de pies y manos por grandes usurpaciones tradicionales, ha ido de exageración en exageración hasta las paradojas de Bastiat, de Ferrara y de Molinari, siendo constantemente desautorizada y desmentida por la política universal de las naciones civilizadas. Pretende esa teoría que el Estado no tiene el derecho ni el deber de fundar escuelas, y la escuela pública es la piedra angular de la democracia norteamericana como de la democracia suiza; es el principal obrero del engrandecimiento de la Prusia, el más activo agente de la unidad alemana, y en todas partes del mundo una fuerza civilizadora de que no precinden sino las naciones que quieren permanecer en la barbarie. Pretende esa teoría que el Estado no tiene el derecho de iniciar ni de proteger empresas de utilidad general, y todas las naciones modernas, por consideraciones comerciales, ó por conside-

raciones políticas, ó por consideraciones estratégicas, inician, protegen y hasta administran por medio de funcionarios públicos, redes inmensas de caminos de fierro ó de canales. Pretende esa teoría que las administraciones de postas y correos constituyen una extralimitación de los Poderes del Estado, y la mayor parte de los Estados modernos, con la individualista Inglaterra á la cabeza, juzgan indispensable anexar á esa administración la administración de los telégrafos. Pretende esa teoría que el Estado se retire á medida que la civilización avanza, que las funciones del Estado tienden á reducirse ó simplificarse con el progreso de la humanidad, y sin embargo vemos en todo el mundo civilizado que el dominio de la legislación se ensancha á medida que la actividad humana se dilata, y que las instituciones, los organismos públicos y los resortes administrativos se multiplican por doquiera, sin que sufra la libertad humana, sin que se quejen los pueblos por esas vastas aplicaciones de la fuerza-Estado al engrandecimiento del individuo y de la sociedad.

Tal es, señores, la última de las objeciones primordiales y fundamentales que las nuevas escuelas promueven á la escuela clásica. La insurrección es contra una clase de economía política levantada sobre abstracciones absolutas y dogmáticas, que empezando por negar toda solución á los grandes problemas sociales, concluye por negar la existencia ó la gravedad de esos mismos problemas — que momifica al Estado en holocausto á imperturbables leyes providenciales, reverenciadas con el más fanático optimismo. ¿Pero existe verdaderamente ese sistema en las teorías de la Economía Política? Cosa singular! ese sistema que tal vez no se encuentra fabricado de una sola pieza en las teorías, ha tenido, sin embargo, una personificación característica que data de los primeros pasos de la ciencia. El ejemplo que voy á citar es genuinamente ortodoxo: tomo su referencia de la obra fundamental de Juan Bautista Say — especie de Santo Tomás de la economía política.

Cuenta Juan Bautista Say que Catalina II, seducida por la gloria con que sonaba en Francia el nombre de los fisiócratas, hizo llamar á su imperio á Mercier de la Rivière, discípulo eminente de Quesnay, que acababa de dar á luz su libro sobre el *orden natural y esencial de los Estados*. Mercier de la Rivière se puso al punto en viaje y llegó á San Petersburgo, estado la Emperatriz fuera de la ciudad. Sin esperarla, sin estudiar las condiciones de aquel pueblo entónces semi-bárbaro, desconocido todavía, completamente divorciado de la civilización europea, á punto de que hoy

mismo ofrece anomalías tan extrañas como el comunismo de la propiedad territorial,— con su solo libro sobre *el orden natural y esencial de los Estados* bajo el brazo, comenzó á ocupar edificios públicos, á establecer departamentos de administracion, á fijar condiciones severas para la admisibilidad en los empleos, etc., etc. En este afan precipitado, llegó á sorprenderle Catalina.

—Veamos, le dijo, ¿cuáles son vuestras ideas sobre la organizacion de mis dominios?

—Aquí están, contestó Mercier de la Rivière; mi programa es *el orden natural y esencial de los Estados*.

—¿Pero cómo haré para establecer ese orden en los míos?

—Dejar que se produzca y dé sus frutos.

—¿Pero de qué medios debo valerme para ello, cuáles son las leyes que debo promulgar para mis súbditos?

—Leyes? ninguna; solo Dios tiene el derecho de legislar; solo sus leyes son eficaces; solo sus leyes son benéficas!

Catalina II cortó el diálogo y despidió al fisiócrata con cajas destempladas. Al día siguiente, escribiendo á su amigo Voltaire, decía: *Este buen hombre creyó encontrarnos en cuatro pies y muy galantemente se habia tomado el trabajo de venir á enderezarnos sobre los de atrás.*

Repito ahora la pregunta: ¿es Mercier de la Rivière prototipo más ó ménos exagerado de alguna escuela económica? ¿Qué fondo de verdad hay en las acusaciones de las nuevas escuelas? ¿Qué alcance y qué porvenir tienen sus doctrinas embrionarias? ¿Cómo se defienden, cómo sostienen su bandera las escuelas clásicas? ¿Cuál será el resultado del combate? Tales son, señores, las gravísimas cuestiones que propongo dilucidar en una próxima lectura. Esta vez no he hecho más que describir; y para tratar de hacerlo con verdad y colorido, me he puesto sin preocupaciones en la posición que asumen las nuevas escuelas económicas.

Mi pensamiento, pues, no quedará completo sino en la segunda parte de mi trabajo; pero desde ya, sospechando que haya en esta reunion muchos devotos y algunos pontífices de la Economía Política, debo hacer una declaracion tranquilizadora. Yo tengo fé en los destinos de la Economía Política; creo que se encuentra en crisis; no admito que se encuentre en decadencia. La crítica, la discusion, la lucha, vigorizarán el espíritu de los economistas y servirán para revisar y purificar las doctrinas. Bajo el soplo fecundo de la libertad, el nuevo movimiento será benéfico para la ciencia y benéfico para la humanidad.

## Filosofía de las ciencias

ASOCIACION DE LOS NATURALISTAS ALEMANES.—SESION DE EISENACH

SEÑOR E. HECKEL

DARWIN, GOETHE Y LAMARCK

El 19 de Abril del año próximo pasado, terminaba su gloriosa carrera Carlos Darwin. Cuando de Inglaterra nos trasmitió el telégrafo la lúgubre noticia, el mundo ilustrado entero se estremeció, dominado por el sentimiento de una pérdida irreparable. La emocion fué universal. No solo los numerosos partidarios y los discípulos del gran naturalista deploraban la falta del guía y del maestro; sino tambien sus más eminentes contradictores tuvieron que reconocer que habia desaparecido del mundo de los vivos, uno de los más notables y fecundos espíritus del siglo. Se ha manifestado de una manera notable esta impresion por el ardor con que los periódicos de todos los partidos (inmediatamente despues de la muerte de Darwin) propusieron colocar sus restos en el Wallhalla de la Gran Bretaña, en su Panteon nacional, en la abadía de Westminster, donde hoy reposa al lado de su compatriota Newton.

En ningun país del mundo, ni en la misma Inglaterra, encontró la *reforma* de Darwin tantas simpatías como en Alemania. En ninguna parte tampoco ha producido un desborde tal de escritos en pro y en contra. Así es que, en esta reunion de médicos y naturalistas alemanes, no hacemos más que pagar una deuda de honor tributando nuestro reconocimiento á este poderoso génio y recordando á que altura elevó la concepcion de la naturaleza. ¿Y en que sitio del mundo podria hacerse este homenaje mejor que en esta ciudad de Eisenach con su Wastbourg, fortaleza del libro exámen y de la libertad del pensamiento? Esto es el lugar sagrado donde hace trescientos años, reformando Martin Lutero la Iglesia,

abrió una nueva era de civilización, del mismo modo que en nuestros días, reformando Carlos Darwin la doctrina evolutiva, ha impulsado por nuevas y más elevadas vías el sentimiento, el pensamiento y la voluntad de la humanidad. Sin duda, Darwin, por sus cualidades personales, por su carácter y por su vida, recuerda más bien la dulce calma de Melanchthon que la energía entusiasta de Lutero; pero las dos grandes reformas son iguales en extensión é importancia: una y otra han señalado una época en el desarrollo del espíritu humano.

La reforma científica de Darwin, en el corto espacio de veintidos años, ha obtenido un éxito definitivo y sin ejemplo. Desde que la ciencia existe, ninguna teoría ha sacudido tan profundamente el conjunto de los conocimientos humanos, ninguna ha originado contradicciones tan violentas, ninguna ha quedado victoriosa en tan corto espacio de tiempo. El cuadro de esta extraña transformación de nuestra concepción del mundo, de este cambio del punto de vista bajo el cual consideramos la naturaleza, será un día uno de los capítulos más interesantes de la historia del desarrollo del espíritu humano.

En 1863, cuatro años después de la aparición del libro capital de Darwin, de aquel que abrió la brecha, hablaba yo públicamente por primera vez ante el congreso de naturalistas de Stettin y la gran mayoría opinó entonces que no debían discutirse seriamente fantasías semejantes. Un zoólogo eminente declaró que consideraba tola la teoría como «el ensueño inocente de una fiesta», en tanto que otro la colocaba en el mismo rango que las mesas giratorias. Un célebre botánico afirmaba que no existía ningún hecho en favor de estas «hipótesis sin fundamento» y que se encontraban en contradicción con todas las experiencias; un geólogo conocido creía que se volvería pronto de este vértigo pasajero. Más tarde un fisiólogo renombrado veía en ella un cuento, y un anatómico profetizaba que no se hablaría más de ella dentro de algunos años.

Obras voluminosas y disertaciones innumerables anunciaban al mundo que la teoría de Darwin era falsa desde el principio hasta el fin, que no se apoyaba en hechos, que sus conclusiones eran engañosas, y funestas sus consecuencias.

Hasta en el Congreso de Madrid, há cinco años, cuando ensayé de demostrar las relaciones de la doctrina de la evolución con el conjunto de las ciencias, hallé una oposición decidida en uno de

nuestros más célebres hombres de ciencia. Mi contradictor pretendía desterrar el darwinismo de la enseñanza, fundándose en que era una hipótesis no demostrada. Me ví obligado, en vista de esto, á defenderla en mi trabajo: *la ciencia libre y la enseñanza libre*.

Y que queda hoy de las opiniones pronunciadas por nuestros adversarios? Nada! Y precisamente el vigor y el número de los ataques son los que han hecho decisiva nuestra victoria. Cuanto más asaltada era nuestra fortaleza por todas partes, tanta mayor era la actividad de sus defensores para cerrar las brechas y consolidar los puntos débiles. Todos los asaltos de los dogmas viejos se han quebrado contra la frente ferrea que les opone el conjunto de las ciencias experimentales. El génio que halló un lago por tan largo tiempo buscado, para reunirlos, y que dirigía la defensa con la idea unitaria del monismo, pudo, hace tres años, en el septuagésimo aniversario de su nacimiento, contemplar con satisfacción legítima la victoria definitiva de los suyos, y repetir con Gæthe: «La señal de mis días terrenales no se borrará en toda la eternidad.»

El estado actual de la ciencia es un testimonio irrefragable de esta victoria, de la cual Darwin pudo gozar en la tarde de su existencia. Basta para constatarla echar una mirada sobre los numerosos escritos y sobre las obras importantes que diariamente salen á luz, inspiradas, la mayor parte, en la doctrina de Darwin. En Zoología como en Botánica, en Morfología y Fisiología como en Ontogenia y en Paleontología, no aparece ningún trabajo de valer, que no proceda de la idea de la evolución. Casi todas las investigaciones, salvo algunas y raras é insignificantes escepciones, se relacionan con el pensamiento fundamental de Darwin; casi todas admiten con él que las semejanzas entre las especies vegetales y animales son debidas á un parentesco real, y que el aspecto complejo del mundo orgánico se explica, de un lado, por la descendencia, y del otro por modificaciones lentas y sucesivas.

Pero el darwinismo propiamente dicho, en el sentido estrecho de la palabra, es decir, la teoría de la selección, tiene, á despecho de todos los ataques, un valor considerable, porque nos revela por primera vez la causa fisiológica, en virtud de la cual la lucha por la existencia opera mecánicamente todas las transformaciones y metamorfosis. Aunque la selección natural pueda no ser el único agente del transformismo, queda hasta hoy sin embargo como su

resorte principal. El día en que Darwin la descubrió por medio de la selección artificial, resolvió uno de los más grandes problemas de la biología. Porque la teoría de la «selección natural por el combate por la existencia» no es menos que la respuesta definitiva á esta temible cuestión: «De qué manera formas orgánicas adaptadas á un fin pueden desenvolverse sin la intervención de una causa obrando en vista de este mismo fin? De qué manera puede levantarse un edificio regular sin plan preconcebido y sin arquitecto?» En el último siglo, nuestro gran filósofo crítico, Kant, creía insoluble todavía la cuestión.

En ninguna ciencia, el éxito de Darwin se ha afirmado con más brillo que en la morfología, la anatomía comparada, y la historia del desenvolvimiento orgánico. Realmente, la morfología, la ciencia favorita de Gæthe, no puede llevar sus investigaciones un poco profundamente si no admite la doctrina de un origen común; gracias á ella en muy poco tiempo se han obtenido los más brillantes resultados. Los árboles genealógicos de formas específicas que al principio apenas osaban mostrarse como hipótesis provisionales, son aceptados hoy definitivamente para muchos grupos orgánicos.

Para citar algunos ejemplos, ningún zoólogo juicioso duda que los caballos no deriven de palæotherios, análogos á los tapires; los rumiantes, de anaplotherios, análogos á los cerdos; las aves, de reptiles, análogos á los lagartos. Ninguno ignora ya que los vertebrados superiores de respiración aérea, no descienden de peces que respiraban por bronquios. La más importante, la más combatida de todas estas hipótesis, la que hace descender el hombre de mamíferos análogos á los monos, en estos últimos años y á consecuencia de estudios más profundos, ha obtenido la adhesión de personas ilustradas y competentes; y la mayor parte de entre ellos, la consideran tan sólidamente establecida, como las hipótesis señaladas más arriba.

En presencia de esta unanimidad, podemos descuidar los ataques persistentes, que ciertos adversarios aislados no se cansan de dirigir contra el transformismo. El punto capital es que todas las generaciones jóvenes trabajan en el sentido de Darwin, que su doctrina ha penetrado como un fermento en todo el mundo científico y que prepara la solución de todos los grandes problemas. Si aquí celebramos la victoria definitiva de las doctrinas darwinianas, es porque las creemos fuera del período de las luchas ardientes y de las polémicas literarias. Y podemos alegrarnos tanto

más, cuanto que hemos combatido rudamente en estas batallas. Si la lucha, como lo dijo Heráclito, es la generatriz de todas las cosas, la lucha por la existencia no podía escapar á la teoría, que hace de esta concepción misma un instrumento maravilloso de demostración. Por esto saludamos placenteros la era de paz en que entramos después de la victoria, y el desenvolvimiento pacífico que nos permite los resultados más fecundos en las rutas nuevas abiertas á la ciencia. Al congreso de médicos y naturalistas alemanes que ha retumbado con frecuencia al ruido de estas batallas, felizmente terminadas hoy, le pertenece el sancionar la paz y proclamar solemnemente que la doctrina de la evolución, en adelante, es la piedra fundamental de la ciencia.

De qué manera, á pesar de una oposición tan viva, la doctrina de Darwin, en tan corto tiempo, ha ejercido una influencia tan extraordinaria? No es preciso buscar las causas únicamente en el poder de las verdades que encierra, sino también en un feliz concurso de circunstancias exteriores que han favorecido su introducción en la ciencia, y ante todo, en las especiales cualidades del hombre que ha resuelto problemas tan temibles. Carlos Darwin poseía dotes intelectuales muy diversos, que ordinariamente se excluyen. Era un naturalista muy sábio y muy perspicaz, al mismo tiempo que un filósofo profundo y de vistas vastas. La oposición entre estas dos tendencias de la actividad intelectual alcanza á veces hasta la hostilidad; en Darwin, se unían y se fundían en una armonía perfecta. De tal manera que empíricos de ideas estrechas, afectando no ver en él más que un observador sagaz é ingenioso experimentador, deploraban sus teorías como divagaciones especulativas, mientras que pensadores de elevado vuelo trataban con desden sus investigaciones experimentales, reservando su admiración para la penetración de su juicio, para la nitidez y la lógica de sus deducciones. Recuerdo bajo este punto de vista, á dos de nuestros más grandes sábios alemanes, Juan Müller y Carlos Ernesto Baer. La obra clásica de este último, la *Historia del desenvolvimiento de los animales*, tiene como sub-título: *Observaciones y reflexiones*. Darwin pudo decir otro tanto de cada una de sus obras.

A este raro poder de observación y de razonamiento se añaden otras cualidades, que realzaban su valor y su aleanco: una paciencia infatigable para la prosecución del objeto propuesto, una labor concienzuda para coordinar los resultados adquiridos, una pasión

sincera de la verdad y una sencillez franca en la exposicion de las conclusiones finales. Añadid á todo esto otros rasgos no ménos honorables: la modestia extraordinaria con que explicaba sus vistas y la dulce calma con que respondía á las objeciones de sus adversarios, dejando de un lado sus ataques personales y sus ultrajes.

La paciencia de Darwin y la prudencia con que emprendió y persiguió la obra capital de su vida: la explicacion del origen de las especies animales y vegetales por la seleccion natural, es una cosa realmente maravillosa. Desde su vigésimo tercero año, en 1832, cuando hizo sus observaciones geográficas y paleontológicas sobre la fauna de la América del Sur, echó las primeras bases. Pero no utilizó completamente la rica mies de datos recogidos durante su viaje al rededor del mundo, que duró cinco años y que le fué tan fecundo y decisivo, sino mucho más tarde. Las fatigas de este viaje, le obligaron á retirarse completamente de la vida agitada de Londres y á restringir el círculo de sus relaciones personales. En 1842, cuando contaba treinta y tres años, se instaló en su casa campestre, en el tranquilo Down, tan agradablemente situado en medio de las verdes praderas y de las colinas cubiertas de árboles del pintoresco condado de Kent.

Cuarenta años enteros vivió Darwin en la apacible soledad de esta poética mansion, consagrándose únicamente al estudio de la naturaleza y á la solucion del gran problema que ella le revelaba. Dedicándose durante largos años al cultivo de las plantas y al cuidado de los animales, tuvo ocasion de ver modificarse bajo su vista las formas de los animales y de los vegetales; y estudiando las causas fisiológicas de estas transformaciones, investigando las leyes de la herencia y de la adaptacion, llegó á reconocer que, si la naturaleza está abandonada á sí propia, las mismas causas determinan mecánicamente la transformacion de las especies. Se convenció que el arte y la naturaleza tienen recursos y procedimientos de seleccion, que en el fondo, son iguales. Lo que la voluntad del hombre, obrando bajo un plan, consigue en poco tiempo y en su provecho, «la lucha por la existencia», obrando sin plan, lo verifica en un tiempo más largo en provecho de los mismos organismos.

Aunque Darwin, desde muy jóven concibió el pensamiento fundamental de su teoría de la seleccion, y durante largos años despues, hizo muchísimas observaciones para su demostracion, sin

embargo no podia decidirse á publicarla. Siempre creía ver deficiencias; la masa de los hechos probatorios le parecia insuficiente, la cadena de las deducciones incompleta; queria siempre acumular pruebas nuevas, poner en claro todos los puntos, refutar de antemano todas las objeciones. Y acaso no se hubiera decidido jamás á comunicar al mundo sus riquezas científicas si no le llega de afuera un impulso que le obliga á ello.

Por fin, en 1859, cuando tenia cincuenta años, apareció el *origen de las especies*, su obra capital, su libro que hace época, no siendo todos sus otros escritos más que su desenvolvimiento y su comentario. Justamente hacia un siglo que, en Alemania, Gaspar Federico Wolff habia descubierto las leyes del desenvolvimiento del embrion, y medio siglo que, en Francia, Lamarck habia, por una intuicion profética, adivinado y expuesto la doctrina que más tarde debia ser demostrada por Darwin.

La reserva extraordinaria y la circunspeccion que Darwin observó en la publicacion de sus obras, se manifiestan igualmente en su vasta correspondencia y hasta en sus relaciones personales. Inspiró, en todos aquellos que han tenido la dicha de conocerle, sentimientos de estimacion y de profundo respeto. Si me fuese permitido decir aquí alguna palabra de mis relaciones con Darwin, lo aprovecharía para expresar la admiracion que me han inspirado por este *hombre ideal* mis tres visitas á Down. Mi primera visita tuvo lugar en el mes de Octubre de 1866 cuando me preparaba para emprender un viaje á las islas Canarias. Acababa de publicar mi *Morfología general*, en la que habia intentado dar una teoría mecánica de las formas orgánicas segun la nueva teoría transformista de Darwin. Este conocía mi tentativa, pues le enviaba los pliegos impresos tomando tanto más interés por esta clase de estudios morfológicos cuanto más se alejaban de sus propias investigaciones, casi puramente experimentales.

Durante mi corta permanencia en Londres, recibí una invitacion para Down, la que aproveché con gran alegría. Atravesé las hermosas colinas del condado de Kent en el carruaje de Darwin que habia tenido la delicadeza de enviar á la estacion del ferrocarril. Era una bella mañana de Octubre; el sol rodaba en un cielo sin nubes, el otoño desplegaba todos sus esplendores en las variadas tintas del bosque, en los brezos rojos, en las doradas retamas y en el verde de los robles. El carruaje se detuvo ante una casa hospitalaria tapizada por la yedra y sombreada por los

olmos. El ilustre sábio salió á recibirme bajo el pórtico coronado por plantas trepadoras; su estatura era alta é imponente; tenía las anchas espaldas de un Atlas que lleva un mundo de ideas; una frente de Júpiter como la de Goethe, elevada y muy desenvuelta; los ojos dulces y bondadosos se abrían bajo unas cejas enérgicas y prominentes; la boca fina y rodeada de una espesa barba de plata. La expresion tierna de su mirada, su voz dulce y tranquila, su palabra lenta y reflexiva, su conversacion sencilla y espontánea, me conquistaron desde el principio, lo mismo que su gran obra habia, desde la primer lectura, tomado por asalto mi inteligencia. Yo creía tener delante de mí un sábio de la antigüedad griega: un Sócrates ó un Aristóteles.

Nuestra conversacion versó principalmente, como se debe comprender, sobre aquello que más embargaba nuestro corazon: sobre los progresos y la perspectiva de la doctrina de la evolucion. Hace diez y seis años, estas perspectivas no eran muy halagueñas que digamos. Las más notables autoridades en su mayor número se habian pronunciado contra la nueva doctrina. Darwin me dijo, con una modestia conmovedora, que todos sus trabajos no eran más que una débil tentativa para explicar de una manera natural la aparicion de las especies vegetales y animales; pero que no viviría lo suficiente para asistir al éxito de esta tentativa. La montaña de los prejuicios adversos era demasiado grande. Agregaba que habia dado demasiado valor á sus pequeños méritos, y que encontraba exageradas las alabanzas que lo habia tributado en mi *Morfología*. La conversacion recayó despues sobre los ataques dirigidos contra su obra, ataques que parecen ejercer aún cierto predominio en la sociedad. Para la mayor parte de estos escritos de polémica no se sabía si debía tenerseles piedad por su falta de criterio y de inteligencia, ó indignarse por la presuncion y temeridad con que estos miserables escritores menospreciaban las ideas de Darwin ó insultaban su carácter. Yo daba libre curso á mi justa cólera contra esta raza despreciable como lo he hecho frecuentemente más tarde. Darwin reía ó intentaba calmarme diciendo: Creedme, mi jóven amigo, no debe tenerse más que compasion por estas pobres gentes; pueden aminorar un momento la corriente de la verdad, pero no podrán jamás detenerla.»

En mis otras dos visitas á Darwin, en 1876 y en 1879, he tenido el placer de poder exponerle los progresos considerables que su doctrina habia hecho en Alemania. Su vuelo ha sido en

nuestro país más rápido y más completo que en Inglaterra misma, lo cual proviene sobre todo, de que los prejuicios sociales y religiosos tienen ménos poder entre nosotros que entre nuestros hermanos del otro lado del Canal. Darwin lo sabia bien, tanto más cuanto que tenía en mucha estima nuestras cualidades intelectuales á pesar de su conocimiento incompleto, que deploraba frecuentemente, de nuestra lengua y de nuestra literatura.

En su obra fundamental, publicada en 1859, Darwin no habia dicho nada de la consecuencias antropológicas que de allí se deducían. Hasta 1871 guardó sobre este punto una prudente reserva. Tuve yo el mayor interés en tratar libremente con él esta cuestion desde mi primera visita en 1866. Como me lo esperaba, el gran pensador reconoció, sin dudar, la gran necesidad de estender al hombre la doctrina del transformismo. Fué para mí una viva satisfaccion despues de haberlo explicado mis tablas genealógicas, ya dibujadas, obtener su asentimiento sobre todos los puntos esenciales. Aunque extraño á los estudios especiales de anatomía comparada y de ontogenia sobre los cuales reposan mis bosquejos filogenéticos, Darwin reconoció plenamente su valor. Así, en su célebre obra, en dos volúmenes, sobre la descendencia del hombre y la seleccion sexual (1871), se ha declarado de acuerdo conmigo sobre todas las cuestiones fundamentales, y ha reconocido expresamente la significacion genealógica de numerosos caracteres heredados de la animalidad que subsisten en nuestro organismo de animal vertebrado.

La masa enorme de hechos que Darwin ha coordinado en sus obras con tanta habilidad como circunspeccion para apoyar su teorías, el número prodigioso de observaciones y de experimentos que ha acumulado para sostenerlas, llenan de admiracion por el vigor de este espíritu colosal, que ha podido adquirir, en el corto espacio de una vida de hombre, tantas nociones positivas y tan grandes vistas filosóficas. Uno se pregunta involuntariamente qué feliz concurso de influencias ha podido hacer posible una actividad tan asombrosa y un éxito aún más asombroso.

Es menester convenir que la buena fortuna de Darwin no va en zaga de su mérito, y que singulares favores del destino le han facilitado la terminacion de su gran obra. Libre de los cuidados y del farrago de la vida cotidiana, gozando apaciblemente de la dicha doméstica, ha podido consagrarse durante medio siglo á sus estudios favoritos, sin ser entorpecido, ni por los negocios, ni

por las funciones de un empleo público. Su aislamiento en una campiña tranquila, le alejaba del tumulto de los grandes centros científicos, que, en las capitales, consumen lo mejor de nuestras fuerzas; en cambio, procuraba tener el recogimiento íntimo, la calma intelectual. En mi opinión, nada es más perjudicial á los estudios serios y profundos que las ruidosas disputas de nuestras Universidades y las luchas apasionadas de las Academias. Darwin ha procurado siempre alejarse de estas agitaciones, igualmente que de los empleos honoríficos y de otras influencias perturbadoras de la vida exterior ¡Y qué sabiamente ha procedido!

Si el ilustre sábio debe, ante todo, su éxito sin ejemplo á sí mismo y á sus grandes cualidades, también es cierto que ha sido favorecido notablemente por las circunstancias. Desde el derrumbe de la vieja filosofía natural al comienzo del siglo, desde que Gœthe y Kant en Alemania, Lamarck y Geoffroy Saint Hilaire en Francia, habian vanamente indicado la evolucion natural del mundo orgánico, dominaba en la biología una tendencia completamente empírica. La ciencia limitaba su tarea á estudiar lo más exactamente posible todas las formas particulares, todos los fenómenos de la vida vegetal y de la vida animal; retrocedía ante las esplicaciones del conjunto, y sobre todo, ante el problema de la creacion.

Baer con la creacion de la embriología; Cuvier con la de la anatomía comparada y de la paleontología; Juan Müller con su reforma de la fisiología; Schleiden y Schwann con sus teorías de las células y de los tejidos, habian abierto á la ciencia nuevos filones incesantemente explotados por numerosos trabajadores que se esforzaban por extraer el oro. En el espacio de medio siglo habia aparecido toda una serie de ciencias nuevas.

A medida que los descubrimientos se acumulaban de año en año y que la bibliografía científica se enriquecía, el caos aumentaba. La nueva teoría vino oportunamente para satisfacer la necesidad de generalizar estos hechos diseminados. En 1809, es verdad, el año mismo del nacimiento de Darwin, Lamarck habia demostrado claramente que la analogía de las formas animales puede explicarse por una descendencia comun, y su diversidad por una adaptación á las condiciones de existencia. Pero no se apercibió de las causas eficientes que Darwin desenvolvió cincuenta años más tarde por su teoría de la seleccion.

Algunos adversarios del darwinismo lo acusan de ser una vaga hipótesis, cuya demostracion no se ha dado aún. Esta afirmacion

está en completa contradicción con la historia y demuestra una profunda ignorancia del pasado de la biología. La verdadera proposicion es la contraria. La descendencia comun de las diversas especies de los seres vivos estaba demostrada ántes que Darwin hubiese dado su fórmula científica. Numerosos experimentos fisiológicos habian, desde largo tiempo, venido en su favor, puesto que los resultados obtenidos por los criadores y hortelanos, el considerable número de formas nuevas de la vida que el hombre ha producido por el arte y el cultivo para utilizarlas en provecho suyo, son otras tantas pruebas experimentales de la teoría de la seleccion. Relativamente á la lucha por la existencia, que es elemento esencial del darwinismo, no hay necesidad de buscar para ella una demostracion particular. No es otra cosa la historia de la humanidad.

La ciencia general de la naturaleza viviente, que nosotros designamos con una sola palabra, la *biología*, estaba, por consiguiente preparada para recibir las ideas fecundas de Darwin. Hé ahí por qué han ejercido tanta influencia, y por qué también las teorías análogas de sus predecesores la ejercieron tan insignificante.

Darwin, con su generosidad y su equidad habituales, habia siempre reconocido el mérito de sus predecesores. Son poco fieles al espíritu de su maestro esos discípulos tan celosos, que, hoy día, (sobre todo en Inglaterra) se esfuerzan por demostrar que es el único fundador de toda la teoría de la evolucion, como si un buen día hubiese salido completa de su cerebro, semejante á Minerva saliendo en traje de guerra de la frente de Júpiter. Nosotros creemos, al contrario, estar de acuerdo con nuestro amigo y maestro, hablando aquí con respeto de sus ilustres precursores.

La brillantez de su nombre no puede sino ganar cuando se demuesera que, en los rasgos principales de su concepcion sobre la naturaleza, tenia junto á sí esta pequeña pléyade de grandes espíritus que se destacan en la historia de la civilizacion.

Es necesario descender veinticinco siglos hasta las más altas épocas de la antigüedad clásica, para encontrar el primer germen de una ciencia que haya perseguido claramente el mismo fin que Darwin: el de descubrir las *causas naturales* para todos los fenómenos de la naturaleza, desterrando así la creencia de una causalidad sobrenatural; la creencia del milagro. Los fundadores de la ciencia griega del siglo VII y VI ántes de nuestra era, son los que han colocado esta piedra angular de la ciencia y han pro-

curado determinar la causa natural y general de todo lo que existe. Esta investigación consciente de una causalidad absoluta, de una explicación simple y universal del mundo, es tanto más admirable cuanto que no se trataba todavía de las ciencias experimentales particulares.

El más notable de los filósofos jónios, fué acaso Anaximandro. Admite que la materia infinita está animada de un movimiento circular eterno; que todos los cuerpos celestes se han formado por efecto de la condensación del aire; que la tierra misma es uno de estos cuerpos, la cual originariamente ha existido en el estado fluido ó gaseoso. Se reconoce allí la concepción fundamental que domina aún nuestras ideas sobre la evolución del mundo, y de la cual dos mil cuatrocientos años después de Anaximandro nuestro gran filósofo, Emmanuel Kant, ha hecho una aplicación universal en su *historia general de la naturaleza y teoría del cielo* (1775). Anaximandro es aquí, en el dominio cosmológico, un predecesor de Kant y de Laplace, del mismo modo que en el dominio biológico se nos presenta como un precursor de Lamarck y de Darwin. En efecto, según él, las más antiguas formas vivientes de nuestro globo han sido producidas en el seno de las aguas por la acción del sol; de estas han derivado los animales y las plantas terrestres que, cambiando de medio, se han adaptado á nuevas condiciones de vida; en fin, el hombre mismo ha salido poco á poco de los organismos animales, y para precisar más, de organismos acuáticos análogos á los peces.

Encontramos aquí, expresadas con una claridad sorprendente, algunas de las ideas fundamentales de nuestra teoría actual de la evolución; un siglo más tarde el conjunto de la teoría se vuelve á hallar con Heráclito de Efeso de una manera aún más significativa. Este es el primero que ha avanzado la proposición de que un gran proceso evolutivo reina sin interrupción en el Universo; que todas las formas están en un flujo eterno, y que la lucha es la generatriz de todas estas cosas. Como en ninguna parte del universo existe el reposo absoluto, como la inmovilidad no es más que una apariencia, es menester admitir en todas partes un cambio perpetuo de la materia, un continuo cambio de formas. Esto no es posible en tanto que una forma no arroje á la otra, y la nueva forma tome por fuerza el puesto de la antigua. Esto es la *lucha por la existencia*.

El movimiento eterno, la lucha universal, eran, por consiguiente,

para Heráclito el principio motor del mundo. Esta concepción, se encuentra nuevamente, más profundizada, en Empédocles de Agrigento. Este admite también la perpétua movilidad; pero asigna como causa primera de la lucha universal, los dos principios opuestos del amor y del odio, ó para hablar el lenguaje de la física moderna, la atracción y la repulsión de las partes elementales. La mezcla de los cuerpos se opera por el amor; su separación por el odio. No se puede desconocer aquí un presentimiento de esta ley atomística actual, según la cual la atracción y repulsión de los átomos son la base de todos los fenómenos. No es ménos notable que Empédocles hace derivar todas las formas orgánicas, á pesar de su adaptación á un fin, del concurso fortuito de fuerzas que se combaten. Las formas vivientes que subsisten actualmente han salido victoriosas del combate porque estaban mejor armadas para sostenerle y, por consecuencia, más capaces de vivir. No solamente vemos aquí anunciada anticipadamente la idea capital de la teoría de la selección, sino aún encontramos indicada una respuesta á este gran problema, cuya solución consideramos como el principal mérito filosófico de Darwin: Cómo de formas orgánicas adaptadas á un fin han podido desenvolverse de una manera puramente mecánica sin la intervención de una causa final trabajando por este mismo fin?

De todos los grandes filósofos de la antigüedad clásica, los tres que acabamos de nombrar, Anaximandro, Heráclito, y Empédocles han sido los que más claramente han expresado los elementos más importantes de nuestra concepción *monística* del Universo. Mientras tanto, encontramos presentimientos análogos de la idea de la evolución en algunos de sus contemporáneos, Tales, Anaximeno, Demócrito, Aristóteles, Lucrecio etc. Pero estos esfuerzos para llegar á una concepción genética de la naturaleza fueron bien pronto relegados en último término á una doctrina completamente opuesta á la filosofía especulativa que, teniendo su origen en los sofistas, llega á su apogeo con Platon.

Los sencillos empíricos de la escuela jónica habían pretendido dar una explicación mecánica del mundo, á hacerle salir de causas naturales; la escuela platónica reemplaza esta explicación mecánica por causas sobrenaturales bajo la forma de ideas teleológicas. Así se desenvuelve en la ciencia y en la filosofía una tendencia á abandonar el conocimiento objetivo de la naturaleza para colocar en primer término, la subjetividad del hombre. Durante más de

dos mil años, esta tendencia ha hecho predominar su influencia perniciosa. En contradicción flagrante con la *unidad de la naturaleza*, que se impone por todas partes por el encadenamiento de las causas con los efectos, se desenvuelve el *dualismo* fundado por Platon, cavando un abismo entre Dios y el mundo, entre la idea y la materia, entre la fuerza y la sustancia, entre el alma y el cuerpo. Las innumerables formas de la naturaleza orgánica, las especies animales y vegetales, no fueron ya consideradas como los diferentes grados de desenvolvimiento de una forma originaria común, sino como tantas otras encarnaciones de ideas inmutables, eternas ó inmutables como *especies permanentes*, ó como lo decía Araxiz, el gran adversario de Darwin, como las *encarnaciones de pensamientos creadores de Dios*.

El platonismo encuentra su más firme apoyo en los dogmas del cristianismo, que predica el abandono de la naturaleza. Los dos fueron favorecidos por el descenso creciente de las ciencias, consecuencia de la caída trágica del helenismo. Durante la larga noche intelectual de la Edad Media cristiana, casi no se produjo ninguna tentativa para llegar á una concepción monística apoyada en la ciencia experimental. Por el contrario, en el terreno de la especulación pura las hubo numerosas. Los sistemas panteístas de Giordano Bruno y de Spinoza en los siglos XVI y XVII, son admirables esfuerzos para llegar á una concepción unitaria y natural del Universo. Pero estas cosmologías panteístas, que admiten un alma matriz del mundo, inseparablemente unida á todos los cuerpos materiales, se colocan preferentemente sobre el terreno de la moral de la filosofía práctica, y sobre todo esto, les faltaba una base experimental fundada en la observación inmediata de la naturaleza. No existía entonces nada semejante. Las meditaciones y trabajos de casi todos los pensadores de esta época se separaban de la naturaleza dirigiéndose sin provecho hácia el hombre, á quien se consideraba colocando fuera y por encima de la naturaleza. Así, estos sistemas monistas no podían hacer retroceder al poderoso dualismo, cuya dominación habíán concurrido á asegurar el platonismo y el cristianismo.

Mucho más tarde, únicamente en los comienzos del siglo último, fué cuando comenzó la reacción contra la concepción dualista. Se decidió, en fin, dirigirse á la verdadera fuente de todo conocimiento, á la naturaleza en sí misma. La ciencia de los cuerpos vivientes, que durante cerca de dos mil años había sido bebida casi entera-

mente en Aristóteles, vió abrirse para sí una era nueva, una era de observaciones directas. La forma exterior y la estructura íntima de las plantas y de los animales, sus funciones vitales, sus desenvolvimientos, fueron por la vez primera el objeto de atentas y extensas observaciones. La masa de fenómenos interesantes, que estas observaciones revelaron, condujo á preguntarse cuáles eran las causas eficientes, y reanició la idea de una evolución natural para responder á esta cuestión.

(Concluirá).

## El nuevo libro de Sarmiento

(CONFLICTOS Y ARMONIAS DE LAS RAZAS EN AMÉRICA)

(CONTINUACION, VÉASE EL NÚMERO 19)

### I

El volumen que tenemos á la vista forma solo el primer tomo de la obra. El esfuerzo del autor se ha limitado, por consiguiente en él, á la reunion de los datos, á la acumulacion de los fundamentos de la teoría que constituye el objeto de su libro.

El procedimiento genial de Sarmiento, que distingue sus producciones de las de todos los demás escritores americanos y europeos, permite, sin embargo, señalar desde luego lo que hay de primordial en sus preocupaciones y en sus juicios.

Se ha dicho de su estilo que es como la exuberante vegetacion de la selva virgen, enmarañada y frondosa.

Puede tambien repetirse esto, sin adulacion y sin agravio, de la disposicion de su plan, de la trabazon, del órden, y del desórden de los términos de sus raciocinios, y de los golpes soberbios de su dialéctica original y asombrosa.

Merced á tan notables peculiaridades obtiene el lector en toda su integridad desde el principio, lo que acaso ha esperado solo vislumbrar en la última página.

La carta á Mrs. Horaco Mann, viuda del insigne educacionista Norte Americano cuyo digno émulo en la América del Sud ha sido el mismo Sarmiento, encierra un precioso prólogo, que en atencion á su objeto, y á la persona á quien se dirige, se halla impregnado con el perfume de los más delicados sentimientos, á la vez que insinúa todos los conceptos y todas las severidades de la moral y de la lucha política, en complicacion con una doctrina preestablecida, que las explica ó las subordina segun sus exigencias.

¿No basta eso al compendio de un libro?

### II

Las premisas y la consecuencia se hallan esparcidas en todos los capítulos.

¿Cuál es el mal de la América del Sud?

Hemos comprado en alto precio la fama de que oscilamos entre el despotismo y la anarquía.

Han sido esos los rasgos prominentes de medio siglo, dando razon á los Sajones, que no han pronunciado *South América* sinó como sinónimo de escándalo.

El ruido de los combates, y el incendio de las poblaciones que aún humean, en las costas y en el interior del Pacífico — la dominacion personal de Guzman Blanco en Venezuela, — la brutal tiranía de Veintemilla que ha provocado la reaccion popular y la lucha sangrienta en el Ecuador, — y otra situacion más oprobiosa, que necesariamente acude á la imaginacion del lector Uruguayo de estas líneas, — son hechos todavia persistentes de aquella fasa de la sociabilidad hispano-americana.

Queda una cuestion entre tanto, y es la de si, en su conjunto, no ha dado esta América paso alguno que la aleje de tal estado.

Los yankees contertulios de Mr. Horaco Mann modificarán en poco la antigua entonacion de *South América* al imponerse de las coincidencias que ligan por el espíritu á los pueblos más lejanos.

« El Oasis » de San Luis, en la República Argentina, descubro que « el Presidente tiene lo que muy pocos, ó mejor dicho, lo que á él solo, á fuerza de virtudes, lo ha sido dado alcanzar: un altar en cada corazon. »

« La Opinion Nacional » de Caracas, otro « Oasis » de Venezuela celebraba el 2 de Abril del pasado año el duodécimo consulado del Presidente apellidado « el ilustre americano » y traia en editoriales: « Guzman Blanco y su tiempo — El caudilo de Abril. Guzman Blanco orador y literato — Guzman Blanco administrador « guerrero y estadista — Carácter frenológico de Guzman Blanco. »

Es en presencia de fenómenos de este órden que el autor se ha hecho la reflexion de que « no es en la República Argentina ni en « los Oasis de San Luis donde debemos buscar la fuente diria, si « no fuese mejor decir el hormiguero, que destruye así la labor de los siglos. »

La cuestion del progreso en las más importantes secciones de Sud-América, en Nueva Granada, en Chile, en la República Argentina, se elimina por completo;— y el problema parece contraerse á la esplicacion genesiaca del despotismo imperante, perdurable ó renaciente, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Istmo de Panamá y hasta el Golfo Mejicano.

Evocado el recuerdo de los Congresos Provinciales del Miguelete, improvisados bajo los redobles de los tambores de guerra en 1813, sobre la línea sitiadora de Montevideo, con aquellos incidentes del caudillo que alega la voluntad de los pueblos para que los Diputados asistan préviamente á su tienda de campaña, el autor agrega: « Todavía es cierto en nuestros países que la voluntad de los pueblos es que los Diputados al Congreso pasen primero por el alojamiento del caudillo, régulo, gobernador, Presidente, para imponerse de sus votos y deseos. Si el Diputado no va, el caudillito lo hará llamar; le mandará un mensaje, le escribirá una esquela, acaso lo visitará para arrancarle una promesa, un compromiso. Sólo pena de escarmentarlo si no lo llenase. Será traidor el Diputado. »

Entre tanto, las situaciones y los hechos son diversos.

El error ó la falta del caudillo de un pueblo en revolucion puede tener atenuaciones, que no eubrirán las responsabilidades de un Gobernante que ejerce su mandato en épocas normales.

Así tambien, existe un mundo de distancia entre el régulo que impone á los elejidos de la nacion el deber de obediencia á sus designios arbitrarios, y el Presidente que procura el prestigio de su marcha entre los miembros del Congreso.

¿ Es política preferible la que pone una barrera de incomunicacion entre la fuerza ejecutiva y la deliberacion de las leyes ?

La más sublime fiera de probidad republicana estaria satisfecha en tal divorcio.

Sin embargo, no se halla ahí, que nos conste al ménos, la realidad práctica en el mundo civilizado.

Y, á caso, el verdadero ideal no se encerraria en ese cuadro teórico, — sinó en un órden superior de cultura en que la más estrecha cordialidad de los agentes de la soberanía, sirviendo á la unidad de los propósitos y suavizando la aspereza de las disidencias y las oposiciones, dejara en toda su integridad la independencia de la conviccion y de la conducta, sin cuya condicion no hay hombre digno.

Observaremos por nuestra parte que si la evolucion de la sociabilidad americana no ha alcanzado estos grados de su desarrollo, hay por lo ménos otra cuestion á ventilarse en la tésis de las semejanzas buscadas entre la accion de los Presidentes de las Repúblicas actuales y la omnipotencia de los caudillos surgidos de los pueblos revolucionados en los comienzos del siglo.

¿ Necesitamos agregar que prescindimos de los casos excepcionales ?

La cuestion que hemos señalado no existiría para nosotros si, dada la dominacion de un Guzman Blanco ú otro ejemplar más humillante de su género en el Rio de la Plata, nos fuese imposible esplicarlo como un fenómeno ageno, anacrónico, y antagónico, del estado social que nos ocupa.

¿ Por qué, en todo caso, esta distincion ?

Por qué llegando, como llegamos, al objeto principal de estas apuntaciones, tal como nos lo exigen las conclusiones del libro de Sarmiento, el hecho de la civilizacion actual de lo que fué el antiguo vi-reinato de Buenos Aires no debe estudiarse en los accidentes superficiales y ostensibles de una de sus fracciones, sinó en el cuadro general y remarcable de su mapa geográfico y político.

### III

La investigacion de los *Conflictos y armonias de las razas en América* trae en sus entrañas las decisiones que vamos á extractar.

La colonizacion acompañada con la paciente y ardidosa labor de los Jesuitas, forma sobre las márgenes del Paraguay, del Paraná y del Uruguay, pueblos sin patria, sin el sentimiento ni la idea de la propiedad y del amor al suelo nativo, poniendo el fruto del trabajo y tomando el alimento en el seno del comunismo regido por la Providencia cuyos intermediarios son los Padres, que guian á la vez sus conciencias sumidas en las tinieblas de la ignorancia.

La Compañía de Jesús absorbe así la direccion de aquellos pueblos, y para garantir su exclusivismo exagera el sistema de aislamiento, impetrando y obteniendo de los monarcas la prohibicion de todo contacto entre indios y españoles, y exhortando á sus neófitos á evitar el ejemplo de los europeos.

La rivalidad de la virtud y del vicio queda creada y proclamada.

Es el conflicto de las razas, que sujere á los indígenas misioneros llevados á Buenos Aires á trabajar en obras públicas, la curiosidad de un enigma. — La sagacidad de los Jesuitas es apremiada por la pregunta: « ¿ Cómo nos habeis enseñado que tal ó cual accion es pecado contra la honradez, cuando nosotros sabemos á no dudarlo que los españoles los cometen ? »

« Hijos míos,—les contestaba el Reverendo Padre Miñones—otra cosa no puedo deciros sinó que nosotros predicamos á los españoles la misma doctrina que á vosotros.—Si los españoles no la observan, ellos darán cuenta al Supremo Juez *que les hará pagar bien caro su negligencia.*—En cuanto á vosotros, mostraos fieles en ponerla en practica, con lo que hareis ver *que tenéis más juicio que los españoles.* »

La persuasion de la superioridad moral así averiguada enjendra el desden, padre de la aversion, del indígena sobre el hombre civilizado.

La expulsion de los Jesuitas de América hizo que el viento del mundo soplaso sobre aquellas ejemplares de poblaciones, desparpajandolas como montones de paja.

Pero el espíritu jesuítico quedaba flotando sobre el alma de una raza.

No daríamos á este artículo el interés á que tienen derecho los lectores si no transcribiésemos textualmente algunos de los párrafos de la obra que nos ocupa.

Oigamos la palabra de Sarmiento:

« Fuera de las Reducciones de indios de que hicimos mencion, vagaban aún en las campañas orientales varias tribus de indígenas tales como los minuanos, los charrúas y algunas otras, añadiéndose á esta poblacion ambulante la numerosa de contrabandistas, bandidos, salteadores esclavos y criminales escapados de las poblaciones huyendo de la justicia.

« Cuando sobrevino el movimiento de emancipacion de Colonias que como una inmensa maréavenia avanzando desde el Norte de América, la Banda Oriental del Río de la Plata fué un atolladero en que se estrelló el primer impulso, saliendo de ahí los obstáculos que hicieron estériles la mitad de los esfuerzos hechos para terminar la guerra de la independencia en el resto de la América. En lo que hace al virreinato de Buenos Aires, no solo trajo su disolucion sinó que le introdujo un virus deletéreo que ha consumido sus fuerzas durante cuarenta años de guerras

« civiles, hasta acabar por quedar reducido en estension el territorio, á lo que buenamente le dejaron las vicisitudes de la guerra civil y las desmembraciones sucesivas, recibiendo instituciones por la fatalidad de los sucesos ó por la voluntad de los regulos de ginetes que triunfaron al fin, suprimiéndose unos á otros, hasta dar un cierto orden constitucional al Gobierno de un país ya pequeño.

« De la Banda Oriental salió el germen del desquicio general. . .

« Sin las precauciones oratorias con que Darwin anuncia el resultado de sus largos estudios, tan poco halagüeños para el orgullo humano, sosteniendo que el hombre desciende de un animal arbóreo, parecido á un simio, me permitiré resumir en dos frases el objeto y el resultado de esta investigacion, y es que desde el instante en que la clase española de las ciudades americanas, cediendo á un impulso histórico externo, se dispuso á hacerse independientes de la España, del mismo impulso se produjo un movimiento interno de dislocacion de la antigua com-posicion de las colonias en el Río de la Plata, principiando una revuelta paralela á la Revolucion de la independencia, de las razas indígenas, suscitada por los Coriolanos perversos que se separaron de los propósitos é instintos civiles de su raza para encabezar en provecho propio las resistencias, los rencores y las ineptitudes civiles de los indígenas, no preparados para la vida civil ni para las instituciones libres á que aspiraban los blancos entendidos, y en contacto con el mundo exterior.

Antes de estos párrafos lo ha dicho el autor:— « Cuando aquellos mismos indios Minuanos y Charrúas fueron armados en la campaña de Montevideo para hacer cruda guerra y emanciparse de esos españoles contra quienes habia inculcado tanto desprecio una raza *clase-neutral* como las hormigas trabajadoras, el Macabéo de la insurreccion daba esta orden á un jefe minuano encargado del Gobierno de una ciudad de españoles: « Fusilo Vd. dos *españoles* por semana; si no hubiese españoles europeos, fusile dos porteños, (los blancos) y si no hubiera, cualesquiera otros en su lugar á fin de conservar la moral. . . » (de los indígenas misioneros en armas!) »

La interjeccion brota naturalmente: « ¡ Oh! De esas aguas vinieron estos lodos! »

El párrafo final es este:

..... « Solo profundizando la historia se encuentra la sagacidad

« de Taine para rastrear los hechos que demuestran que todo el « movimiento anárquico disolvente, brutal, sanguinario que desca- « rrió ó detuvo la Revolución de la independencia, procedió del « alzamiento de los indígenas de la Banda Oriental, y los indios « misioneros, que los jesuitas educaron en el ódio de los españoles « los blancos, y á la obediencia pasiva. De estos segregó el Dr. « Francia en 1811, una parte en el Paraguay para mostrar al « mundo lo que puede hacerse con el precepto *per inde ac cadá- « ver* aplicado á los salvajes domesticados, y sin las libertades y « pasiones humanas admitidas como móviles de las acciones. Los « otros los tomó Artigas en Entre Ríos, Misiones, Corrientes, que « Lopez, Ramírez, Carrera, estendieron hasta Córdoba y San Juan « sublevando dos ejércitos de los que debían llevar adelante la « obra de asegurar la independencia común.

« Qué opondríamos nosotros á esta palmaria esplicacion?»

Se siente la magestad del vuelo robusto del cóndor en esta entereza del pensamiento que se remonta ó que desciende entre las más altas cumbres y las simas más profundas de la historia.

No es, sin duda, por vez primera que la teoría enunciada tiene cabida en las investigaciones sobre el estado social de Sud-América; pero cabe decir que es una novedad conspicua y espectable la de su exposicion documentada con tan numerosos datos, y vigorizada con tan formidable poder de criterio en las observaciones de detalle y en las fórmulas definitivas.

#### IV

Sea, entre tanto, permitido á los discípulos ejercer respetuosamente el derecho de disentiendo con los dictámenes del maestro.

Sintetizando las conclusiones, resulta que las misiones jesuíticas engendraron á Artigas, y Artigas engendró los infortunios de la mitad de la América.

¿Habria sido imposible á Sarmiento producir un libro tan importante con teoría diversa de la que acaba de desarrollar?

No es esa la cuestion.—Los organismos morales enérgicos y poderosos llevan frecuentemente, íbamos á decir fatalmente, consigo, los defectos de sus cualidades.

El hecho cuya convicción se siente y se subjetiva en el alma fuerte del pensador, debe necesariamente encontrarse en la realidad externa que le ocupa.

Las misiones, el aislamiento absoluto de los indios reducidos, no son el hecho universal de la colonización española.

Sin embargo, el pensador descubre los mismos vicios desde el Golfo de Méjico hasta las tierras magallánicas.

Pero, la causa está hallada en el hecho local del triángulo que forman los tres grandes ríos que desaguan en el Plata.

¡Esas aguas trajeron estos lodos!

¡Hé aquí la anarquía, el despotismo, la disolución!

Verdaderamente no fué San Martín el único Gran capitán que llorase, al alejarse, la suerte de la patria emancipada.

El corazón del Libertador Bolívar no exhaló su último suspiro bajo los árboles de la quinta de San Pedro, sin que lo hubiese estremecido ántes el espectáculo de la confederación Colombiana destruida.

Las turbas de ginetes que Paez y Florez habían acudido en los combates de la independencia, y los pueblos que respondieron á su obra parricida, no emanaban de la clausura de las Misiones jesuíticas que obstó en las riberas del Paraná al contacto de los indígenas y los blancos.

Sin embargo, allí surjieron García Moreno, y Veintimilla, y Guzman Blanco.

#### V

Artigas será también por largo tiempo la piedra del escándalo y la bandera de la controversia.

En el libro de Sarmiento desempeña el papel de Macabéo de la insurrección indígena contra el Gobierno civil de la raza blanca empeñada en la lucha con la metrópoli española.

Para este libro « Artigas era un salteador, nada más, nada menos. »

El *Bosquejo Histórico* del Dr. Berra y el testimonio de todos los detractores del terrible caudillo, se hallan puestos á contribucion por sus perfiles, y para los juicios que Sarmiento le dedica.

El monstruo aparece una entidad lógica en su desarrollo. Niño de doce años abandona á sus padres y « se interna de un punto á otro en la campaña, dejando una partida de cuatreros para entrar en otra de salteadores, hasta que la capacidad singular para dominar tales caracteres, su desprecio de la vida ajena, su valor, su vigilancia, sus cualidades, lo pusieron en su lugar, á saber, á la cabeza y al frente de toda banda de ginetes.

La fama de cruel, de bárbaro y sanguinario conquistada en la profesión de *contrabandista* cuatrero y saltador, « no desmereció « más tarde en el empleo de Jefe del Resguardo de la campaña « oriental para la persecución de contrabandistas, cuatros saltadores y bandidos.

Tales son las pinceladas que en un cuadro histórico y filosófico parecen reproducidas de los toques de combate cuyas exigencias se comprenden en el retrato de Quiroga dando animación y nervio á una obra de arte y de política militante.

Pero, el período de la primera juventud de Artigas no ha sido jamás objeto de *crónica* detallada.

Los datos positivos se reducen á su procedencia de una de las más distinguidas familias de la colonia, y á su temprana separación del hogar paterno.

Su aventurada existencia llegará tal vez á ser una fuente de prestigiosos relatos para el biógrafo ó el poeta del futuro; — dado que la leyenda no tropieza en el prosaísmo del padre que manda á su hijo á cuidar sus establecimientos de Casupá, conforme á los sencillos relatos de D. Isidoro De-María.

La diatriba de sus contemporáneos lo ha presentado infame contrabandista. La hipérbolo moderna lo rebaja á saltador y cuatrero.

La imparcialidad histórica que pondrá á un lado las exageraciones edificadas sobre una retórica vacía, separará los términos en que se encierra el ataque de los contemporáneos enemigos del caudillo.

Infame contrabandista!

Descomponemos la frase agravante. — Bajo el coloniagio español el contrabando no es la infamia.

Habría impertinencia en el trabajo de la demostración, innecesaria para el lector iniciado en la historia americana.

Sarmiento mismo, al recordar los objetos políticos de la creación del virreinato de Buenos Aires, elude noblemente la condenación de « aquel enemigo malo, armado como Satanás de todas las astucias « del ingenio, para corregir y castigar los abusos y errores económicos de los gobiernos de aquel enemigo, que, una vez destruidos « los filibusteros de las Antillas, « burló la vuelta á los guarda-costas de Panamá y enderezó las prouas de sus veleras naves hacia « los mares del Sud. »

El contrabando era el refugio de la América contra las tiranías fiscales de su metrópoli.

Verdad es que su peligroso ejercicio en las soledades de la frontera terrestre con los portugueses, requería condiciones excepcionales de carácter, ó aquel desprecio de los riesgos de la vida que suele acompañar á los grandes bandoleros.

Pero un joven de familia ilustre que se arrojaba á las penalidades de la ruda existencia de los campos, no necesitaba convertirse en criminal, saltador y cuatrero para ayudar al comercio colonial que introducía los géneros ingleses burlando las restricciones fiscales de la metrópoli conservadoras del atraso y la miseria en las colonias.

El jinete de las cuchillas que se ha internado así en la espesura de los bosques y en las fragosidades de las sierras ha descubierto las fieras que en ellas se guarecen. Ha servido en oscuros trabajos á las exigencias mercantiles creadas por la ley de su época, y el bandolerismo, cuyas proporciones ha estado en el caso de apreciar, despierta nuevas ambiciones en su espíritu.

Aquel contrabando benéfico en su acción, correctivo de un sistema económico funesto, ha creado numerosas bandas de malhechores que son el azote de las vidas y de los intereses rurales.

El caballero se siente héroe; y como Hércules y Teséo, vá á purgar de monstruos y alimañas las comarcas disputadas entre la civilización y la barbarie.

Así, la revolución argentina encontró á don José Artigas Capitán del ejército del Rey español, siendo la providencia de los intereses y de las vidas en las vastas soledades de su provincia natal.

No conocemos *dato histórico* que nos desmienta, y sentimos la necesidad de preguntarnos: ¿dónde existen los detalles que revelen la personalidad del cuatrero ó del bandido?

## VI

La personalidad de Artigas se evidencia en la revolución.

Buenos Aires que tuvo la iniciativa, posee la dirección de la lucha, y allí se dirige el Capitán de milicias que acaba de arrancarse las charrerías españolas en la ciudadela de la Colonia. Lleva en sus manos la insurrección de una provincia.

Tres meses más tarde se han levantado en masa las poblaciones de la Banda Oriental; — la revolución abatida por los desastres del Paraguay y del Desaguadero ha retemplado su espíritu bajo las salvas victoriosas de San José y Las Piedras, y el legendario caudillo alza su tienda y forma las líneas de su ejército á tiro de cañón de los baluartes de Montevideo,

¿Qué género de bandido es el de este agitador triunfante, que al día siguiente de sus proezas somete su espada vencedora á las órdenes de un igual suyo enviado por la Junta de Buenos Aires á dirigir el asedio establecido por sus esfuerzos?

Las razones políticas y estratégicas del arbitrio de 1812 lo encuentran, en verdad, incesables; pero se arroja la jureta en la condenación absoluta y precipitada, sin discusión de circunstancias, de aquella original refrenda que quita al enemigo los recursos del territorio, arrastrando con el ejército las poblaciones de los campos que se abandonan, para reconcentrar la patria en el punto que se defiende con las armas.

Por eso «el heroico espíritu de los tiempos atribuyó aquel movimiento á la protesta del pueblo contra sus dominadores, como el incendio de Moscow, al mal éxito de la guerra».

La historia de la colonización encierra ejemplos de la traslación de los pueblos indómitos á lejanos parajes de sus primitivas reducciones en horror al flagelo de los mamelucos de San Pablo.

¿No habría arbitrariedad, sin embargo, en atribuir al espíritu y á la docilidad indígena exclusivamente la propiedad de adaptarse á semejantes migraciones, echando en olvido los análogos ejemplos de otras razas y de la raza española misma que acosada por la miseria y bajo los embates de los querandíes había trasladado en los comienzos de la conquista su primera población de Buenos Aires á la Asunción del Paraguay?

El entusiasmo de una bella teoría magistralmente expuesta, no puede reducirnos hasta el punto de encontrar el espíritu de la Compañía de Jesús y los instintos de la raza indígena como primordial explicación de aquella estupefacta lucha, sorda al plé de los muros de Montevideo, estruendosa en el Guayabo, en Entre Ríos y en Corrientes, librada entre el caudillo uruguayo y el triunvirato y el Directorio de Buenos Aires.

Exacto es que luego de iniciada la revolución de la Independencia se produjo un movimiento interior de los pueblos guiados por otro sentimiento que aquel que prevalecía en el centro directivo de la capital del virreinato, siendo Artigas el Macabeo de tal insurrección, según la palabra de Sarmiento.

Pero, sin desconocer el influjo de los hechos y de los antecedentes expuestos en el libro que nos ocupa, interesa notar que la tendencia á la autonomía provincial era un fenómeno inevitable, que fatalmente debía buscar manifestación al romperse los vínculos de la metrópoli que sustentaban la antigua unidad.

Precluyendo de la cuestión de la raza, el fenómeno se habría realizado, por la extensión del territorio y las aspiraciones de las localidades; siendo la guerra civil su consecuencia en un pueblo en que las clases inteligentes ó ilustradas que habían asumido la dirección se empeñaron en sofocar con las resistencias de la fuerza aquellas expansiones ingénuas de las clases desheredadas al despertar á la libertad.

El señor De-Maria, en su Biografía de Artigas, y el doctor don Carlos María Ramírez en su refutación al Bosquejo del doctor Berra, han recordado que antes de las luchas de Artigas y el Directorio, la palabra *federación* había sido escrita en un pacto firmado por el triunvirato de Buenos Aires.

El mismo Sarmiento indica otras causas de desunión en el organismo del virreinato: las rivalidades de los distintos grupos de población, las largas distancias entre unas y otras ciudades, el nombre mismo del país tan inadecuado, ya que no correspondía al Alto Perú ni al Paraguay denominarse República de Buenos Aires.

La autoridad de la Junta gubernativa que emana de actos populares presididos por el Cabildo de Buenos Aires es desconocida por los Cabildos de la Asunción y de Montevideo.

Otras causas se agregan.

La cuestión no es de derecho sino de vida, y aquella Junta ordena las inmolaciones que se ejecutan en la Cabeza del Tigro en holocausto á la salvación del pueblo.

Y bien: la reunión de todos los antecedentes, de todas las circunstancias, de todos los datos del problema, puede llevar á una solución distinta de la del libro que nos ocupa, que no excluirá, sin embargo, la exactitud de las observaciones ni la brillantez del criterio del autor.

Acaso la lucha con Artigas no es otra cosa que el choque de las mismas tendencias que dentro de la Junta gubernativa de Buenos Aires formaron las facciones de Morano y de Saavedra.

Acaso la batalla de Sipo-Sipo que dejó heridos de muerte el prestigio y la importancia militar y política del General Rondón, cuya honestidad proverbial fué constante motivo de consideración y de respeto para Artigas, quitó de la política prevalente en Buenos Aires la influencia meritoria que habría dado la conciliación con la confianza recíproca en la sinceridad de las conductas, destruida en el caudillo Uruguayo por los Directorios de Posadas, de Alvear, de Alvarez Tomia, de Baleares y Puyrredon.

## VII

La apología de Artigas no entra en nuestro propósito, ni en las proporciones asignadas á estos ligeros apuntes. No nos engolfaremos por eso en la discusion del mayor ó menor acierto crítico con que se prohiban antecedentes como el de aquella orden á Encarnacion para que fusile dos españoles ó dos porteños, ú otras dos personas cualesquiera. . . . para conservar la moral.

¿Era inédita hasta la fecha de este libro? La hemos leído en otra parte; pero habríamos preferido no encontrarla como dato justificativo en un curso de filosofía de la historia.

Diremos solamente que su invencion no es americana, como la historia del mate de las morales, cuyo domicilio se enseña formalmente á los extranjeros en una casa de la ciudad de Córdoba y en otra del Cordón ó de la Aguada de Montevideo.

El General Tacón, plagiando un antiguo chascarrillo español, respondía á interrogaciones sobre su manera de sofocar las turbulencias de Cataluña: «Diré á ustedes; la dificultad no es tan grande: ahorco un día un individuo, duplico el número de cuando en cuando, y siguiendo este *ten con ten*, se conserva la moral».

No hay, pues, nada de característico de la raza ni de la insurreccion indígena encabezada por Artigas en aquel extravagante documento.

Las legiones de caballería que formaban el ejército de Artigas no eran capitaneadas por jefes de extraccion indígena, aunque puedan citarse excepciones en tal sentido.

La fama de ferocidad de que fuera rodeado tomó sus más serios fundamentos en los desórdenes brutales de Torgues, que no era un Coriolano conductor de los Volscos de las Misiones, sino el Comandante de las milicias armadas en los alrededores de Montevideo, es decir, de la parte más española de la provincia.

## VIII

La sociabilidad del Río de la Plata debía ser afectada por un doble influjo, interno y externo, bajo la accion emanada de la Banda Oriental y de su soberbio caudillo.

En ella palpaban y se promulgaban con la propaganda y con el estrépito de las armas las resistencias republicanas que desbara-

taron los sueños y los planes monarquistas de los políticos de Buenos Aires y del Congreso de Tucuman, y los gérmenes vivaces del federalismo, consciente ó instintivo, que á través de una anarquía de cuarenta años concluyó por fijarse en las formas constitucionales de la República Argentina.

La pérdida de la Provincia Oriental fué como el reflujo de aquella marea revolucionaria que dejó arrasada y estéril la faja del territorio cuyo *humus* fecundante habria sido arrojado hácia el interior, hasta Córdoba, y hasta el pié de los Andes.

No es de este instante ni para estas líneas la discusion de los méritos y de las responsabilidades de la respectiva actitud de las fuerzas del Río de la Plata ante la invasion portuguesa de 1816. No es esa la cuestion del libro que nos ocupa.

Podemos, entretanto, decir mediante las circunstancias apuntadas, que la influencia del movimiento trascendente de la Banda Oriental y de Artigas quedó terminada en la República Argentina el día en que se radicaran sus actuales instituciones.

Sus luchas ulteriores deberán ser la obra de otros estímulos, de otros instintos y pasiones.

Los rumbos que se elijan, las propensiones que faciliten ú obstaculicen el dominio enervante de los gobiernos personales ó las turbulencias populares demagógicas, pueden tener remota relacion con aquellos precedentes, como todo fenómeno social muestra afinencias con hechos históricos anteriores, sin que eso pruebe que en ellos deba buscarse su causa eficiente ni su directa filiacion.

## IX

Hemos indicado repetidamente que no rechazamos en absoluto los juicios contenidos en el libro de Sarmiento.

Señalamos únicamente los tropiezos á que está expuesta su teoría, en especial por la síntesis, que pone punto final al volumen que tenemos á la vista.

El sistema de las misiones jesuíticas es, sin disputa alguna, uno de los factores principales de la civilizacion implantada por España en sus colonias; y el movimiento político encabezado por Artigas un accidente capital de la revolucion de la Independencia y de la organizacion del Río de la Plata.

Pero Sarmiento mismo ha apuntado otros numerosos antecedentes que afectan á la cuestion del estado social de la América española,

cuyas analogías le preocupan, desde el Estrecho hasta el golfo de Méjico; siendo lamentable solo el olvido en que los ha dejado en sus conclusiones, anteponiéndoles acontecimientos de carácter local y contingente, y, tal vez, histórica y filosóficamente secundarios.

El estado actual de la América latina reconoce premisas peculiares de su historia; pero no es un hecho perfectamente original cuya explicación no quepa en la de la situación general de los pueblos civilizados del siglo XIX, á cuyo contacto y libre comercio desde la Independencia debe más de la mitad de su presente desarrollo económico y etnográfico.

Complicados con la herencia de la España y de la raza indígena, se encuentran en América todos los elementos, todas las resistencias, y todos los impulsos del progreso de la Europa moderna.

Prescindiendo de los jesuitas, y de los charrúas, y de la Banda Oriental, las nacionalidades españolas de América son inferiores á los norte-americanos en la práctica de las instituciones democráticas y del Gobierno libre por las mismas razones que establecen la misma inferioridad en los otros pueblos del mundo cristiano respecto de la gran república del Norte.

¿Cuáles son estas razones, que no consisten exclusivamente, y acaso de modo alguno, en el carácter de las razas, ya que tanto como en la latina se presentan en la germánica y en la slava, y en la normanda de que proceden los ingleses de la Gran Bretaña y de la América?

El autor del libro ha sido el gran propagandista de la educación, de la instrucción pública, señalada por él mismo como prodigiosa palanca de la prosperidad de los Estados Unidos.

Antes de ser los Estados Unidos, las colonias inglesas eran ya el pueblo de las escuelas.

«Con objeto — decía en 1646 el Tribunal General de Conecticut — de que los conocimientos no se entierren en las tumbas de nuestros antepasados, con la ayuda de Dios, ordénase que todos los pueblos en que se cuenten cincuenta vecinos con casa establecida tengan una escuela y paguen para su sostenimiento lo que juzguen necesario».

Ni la Inglaterra, ni otro pueblo alguno del universo, tienen detrás de los siglos en su historia semejantes precedentes.

Las naciones en que no abundaron escuelas ni jesuitas, siguen

peregrinando tras del ideal del gobierno libre, como las secciones de América, cuyos antepasados oyeron las palabras de los jesuitas sin más escuela que el púlpito de las misiones.

No acusamos de error el intento de asignar circunstancias peculiares á la civilización sud-americana; nos permitimos solamente indicar las razones de controversia de una teoría que atribuye á las causas y al estado presente de esa civilización una originalidad cuyos rasgos no aparecen distintos á nuestro espíritu, cuando los comparamos con el estado actual y los precedentes de los demás pueblos cultos de la tierra.

## X

Digamos, entretanto, que el último libro de Sarmiento, cualesquiera que sean las objeciones que suscite, es un ensayo sobresaliente en las investigaciones de su género, cuyo vigor y lozanía admiran en la edad avanzada del infatigable pensador.

Párrafos como los que le inspira el Torquemada de Victor Hugo, capítulos como de *El cuero*, evocan la idea de las más altas manifestaciones de la palabra escrita y levantan á un escritor sobre el mayor nivel de las inteligencias y de la potencia literaria de su época.

No resistimos la tentación de trascribir este arranque de Sarmiento con motivo del drama de Victor Hugo:

« Y bien, yo me atrevería á criticar á Victor Hugo !

« No es que está ya viejo sinó que no es español como nosotros para sentir á Torquemada agitarse en su propia sangre, y « mostrar su capucha de Cárlos V, del fraile dominico que tenemos todo el día á la vista en un cuadro del interrogatorio de « Galileo, ante la Inquisición, y en presencia de un emisario de « Urbano VIII, verdadero autor de la persecución, por creer que « le habia dicho necio personificándolo en Simplicio — Y bien, si « yo hubiera sido el visorrey don Francisco de Toledo que recibe el piadoso exhorto de hacer traer preso á Lima desde Tucuman, seiscientas leguas de distancia, y el poeta Victor Hugo me « preguntase al verme agitado, paseándome desasosegado, pálido y « reconcentrado, quién es el Santo Oficio, dónde está, por qué no « lo mando á un calabozo, ó bajo partida de registro á España; « yo, don Francisco de Toledo, lo tomaría por un brazo para llevarlo á un punto del salón donde no haya puertas, y despues

« de haber escuchado si hay rumores aún lejanos, mirado con terror y suspicacia una puerta despues de otra; ¿ Sabeis lo que es la Inquisición? lo habria dicho con voz lúgubre.

« Preciso es decirnos ántes, que los espías de la Inquisición se hallan con respecto á nosotros los Vireyes en una singular posición. La Inquisición les prohíbe con riesgo de su cabeza escribirnos, hablarnos, y tener con nosotros relacion de ningun género, hasta el día en que tenga que arrestarnos!!....

« Escuchad, Hugo. Sí; sí, vos lo habeis dicho, sí, todo lo puedo aquí; soy señor, déspota y soberano; soy el Virey que España pone sobre el Perú, la garra del tigre sobre la oveja. Sí, todo poderoso. Pero tan absoluto como soy, arriba de mí hay una cosa grande y terrible y llena de tinieblas; hay la España! Y ¿ sabeis lo que es la España? La España, voy á decíroslo, es la Inquisición. ¡ Oh! la Inquisición; hablemos de ella en voz baja; porque acaso esté ahí en alguna parte escuchándonos. Hombres que ninguno de nosotros conoce, y que nos conocen á todos; hombres que no son visibles en ninguna ceremonia, y que solo son visibles en todas las hogueras; hombres que tienen en sus manos todas las cabezas, la vuestra, la mía, la del príncipe, y que no tienen ni vara ni estola, nada que los distinga á la vista nada que os haga decir: Este es uno de ellos. Un signo misterioso debajo de sus vestidos, á lo sumo; agentes por todas partes, esbirros por todas partes, verdugos por todas partes; hombres que jamás muestran al pueblo de Lima otras caras que aquellas tristes bocas de bronce, que el pueblo cree mudas, y que hablan, sin embargo, muy alto y de una manera muy terrible, porque dicen á todo transeunte: « ¡ Denunciad! »

« Sí, es así. Virey de Lima, esclavo de España. Soy muy vigilado, crédmelo; ¡ Oh! La Inquisición! Encerrad á un obrero en un sótano y que haga una cerradura; ántes de que la cerradura esté concluida la Inquisición tendrá la llave en sus bolsillos. El paje que me sirve, mo espía, el confesor que me confiesa, mo espía; la mujer que me dice « Te amo » me espía!

« Lenguaje como el que precedo sería digno de ser inventado por Victor Hugo; » . . . es el propio Sarmiento quien lo dice, y su arrebatado nos arrastra de manera que nos ocurre preguntar si el autor de *Los Castigos* ha arrancado á su fecundidad literaria una página más dramática, más conmovedora y espontánea!

El libro que nos ocupa no debe ser únicamente apreciado por

indicaciones como las que se contienen en este artículo, que trazamos con mayor confianza en la sinceridad que en el acierto con que se hace justicia al viejo publicista. — Es necesario leerlo para saborear tantas bellezas, para aprovechar tantas lecciones, como encierran su especial literatura, su caudal de erudición, su poder de enseñanza.

Séan cuales fueren nuestras disidencias acerca de determinados detalles, y de la síntesis final del volumen, nos es permitido concluir reconociendo en este esfuerzo la antigua robustez del luchador envejecido en las batallas del pensamiento, que, según la frase de Carlyle tomada como divisa de su obra, tiene aquel sello feliz *del que puede llevar generosamente su carga, y entregar su rota espada al Destino vencedor con varonil serenidad.* »

## Poesías de Stecchetti

TRADUCCION DEL DOCTOR DON LUIS MELIAN LAFINUR

Signor, la carità per un pezzente!  
Veda, ho fame... son nudo...!  
"Per amor del suo Dio!"—"Non ti do niente".  
"Per gli occhi del suo amor!"—"Prendi un  
(scudo)".

Ella dicea: tu non sei mai giocondo:  
Io non t'ho mai veduto inginocchiato,  
Perche il tuo sguardo par così profondo  
E il tuo riso bell'arido ed agghiacciato?

Io le dicea: sovra al tuo capo biondo  
L'atroce dubbio non ha mai pesato:  
Io con quest'ironia sorriso al mondo  
Da che la prima volta ho dubitato.

Ella dicea: l'anima tua non crede  
Al Cristo, al tuo custode angelo pio?  
L'occhio della speranza in te non vede?

Io le dicea: tu sei l'angelo mio,  
Tu sei la mia speranza e la mia fede:  
Parla d'amore o non parlar di Dio.

Emma, ti lascio á tavola  
Ed io ritorno á casa á prender flato.  
Bevi, bevi á tuo cómodo,  
Sta pur tranquilla, il conto á già pagato.

Son diventato pallido?  
Ci sono avezzo: non á nulla, faci:  
M'han guastato lo stomaco  
Le polpette dell'oste ed i tuoi baci.

Ah! señor:—caridad para un mendigo!  
Tengo hambre, lo veis, y estoy desnudo!  
Por el amor de Dios!—No te doy nada!  
—Por la muger que amais!—Toma un es-  
(cudo)!

Ella decia: alegre no me es dado  
Verte ya, ni de hinojos reverente,  
¿Por qué no tienes ya el mirar ardiente,  
Y la risa burlona en tí se ha helado?

Yo le decia: ¿atroz duda ha pesado  
En tu cabeza blonda de creyente?  
Yo cruzo el mundo irónico y sonriente  
Des le la primer vez que hube dudado.

Ella decia: ¿á Cristo tu alma niega,  
Y tambien de la guarda al ángel pio?  
¿La luz de la esperanza á tí no llega?

Yo le decia: el ángel eres, mío,  
Eres tú mi esperanza y mi fe ciega:  
Habla de amor, que yo de Dios me río.

Ena, en la mesa la última  
Te dejo, y vuelvo á casa semi-ahogado.  
Bebe, bebe sin límite  
Y tranquila; está el gasto ya pagado.

¿Vés que me pongo pálido?  
Nada es: calla: acostumbro estos excesos:  
Me han agriado el estómago  
Los guisotes del huésped y tus besos.